



Tirso, Lope y el *Quijote* de Avellaneda

José Luis Madrigal
Graduate Center (CUNY)

RESUMEN:

Con un método que aúna a la vez criterios procedentes de la filología tradicional y los recursos que brinda la informática, el presente estudio sostiene la tesis de que tanto Tirso de Molina como el propio Lope de Vega contribuyeron fundamentalmente en la redacción del *Quijote* de Avellaneda.

ABSTRACT:

This paper supports the theory, based on internal evidence drawn from seventeenth-century corpora included in databases such as CORDE and Google Books, that Avellaneda's false *Quixote* must have been written by Tirso de Molina under the auspices —if not the active participation— of Lope de Vega.

No parece que la autoría del *Quijote* de Avellaneda vaya a resolverse de un día para otro y, a juzgar por las últimas publicaciones en torno al asunto¹, tampoco parece que exista un consenso respecto al perfil y al origen del posible autor. Unos todavía lo piensan originario de Aragón y otros lo sitúan por Toledo o Valladolid; hay quienes creen que es sacerdote y otros aseguran que es un mero soldado. Si se piensa, como pienso yo, que Avellaneda es un avezado escritor inmerso en el lenguaje teatral y religioso de la época, resulta

1.— Solamente en el año del centenario del *Quijote* se publicaron dos estudios defendiendo la autoría de Jerónimo de Pasamonte (Alfonso Martín Jiménez, «Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda» en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 25-1 (2005) y J. A. Frago, *El Quijote apócrifo y Pasamonte*, Madrid, Gredos, 2005) y un tercero que se lo adjudicaba al dominico Baltasar Navarrete (Javier Blasco, *Baltasar Navarrete, posible autor del Quijote apócrifo*, Valladolid, Instituto Castellano y Leonés de la lengua, Beltenebros Minor, 2005). Un año antes Enrique Suárez Figaredo apoyaba la atribución de Suárez de Figueroa en *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, Barcelona, Clásicos Carena, 2004, mientras que el que esto escribe echaba su cuarto a espadas atribuyendo el «crimen» a Tirso de Molina: «El Quijote de Avellaneda, un crimen literario casi perfecto», *Voz y letra: Revista de literatura* 16 n. 1-2 (2005). Por su parte, José Luis Pérez López propone al aragonés Pedro Liñán de Rianza, muerto en 1607, como autor de una primera versión que luego terminaría en 1614 el poeta toledano Baltasar Elisio de Medinilla junto a Lope de Vega («Una hipótesis sobre el don Quijote de Avellaneda: de Liñán de Rianza a Lope de Vega», *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento* 9 (2005).

inadmisible la candidatura de Jerónimo de Pasamonte; si es aragonés, como pensaba Miguel de Cervantes, entonces hay que descartar a Tirso, por ejemplo. El perfil es esencial tanto en la investigación policial como en la atribución de textos.

En cualquier caso, quiero aclarar desde un principio que no es mi intención volver a dibujar el perfil de Avellaneda o defender a machamartillo una única candidatura en detrimento de otras. Me interesa, más bien, examinar exhaustivamente algunas partes del *Quijote* espurio y determinar el grado de cercanía verbal y temática en relación con un amplio corpus de textos contemporáneos. A falta de documentos o de algún testimonio externo, nos queda la callada voz de Avellaneda. Cierto que muchas veces es la voz de un ventrílocuo que imita el *Quijote* de 1605, pero si se aguza debidamente el oído, la voz delata otros registros y, ocasionalmente, un inconfundible timbre personal. Lo iremos viendo más adelante, pero antes permítaseme exponer sucintamente algunos conceptos básicos sobre atribución textual e individuación lingüística.

Los cuatro principios de San Jerónimo

La premisa fundamental en todo estudio de atribución basado en el análisis interno de un texto es que el hablante elige sus palabras de un modo particular en relación con el resto de la comunidad lingüística a la que pertenece. A mayor libertad creativa, mayores serán las posibilidades de identificación. Y viceversa. Si el margen de libertad en la creación lingüística es mínimo y el hablante se encuentra muy condicionado por su entorno, la identificación de un texto anónimo mediante el análisis interno se antoja poco menos que imposible. Ciertamente pocos pondrán en duda que cada uno de nosotros habla —y, sobre todo, escribe— de un modo particular, pero todavía nadie parece haber encontrado un rasgo definitorio que discrimine un texto entre otros muchos. Durante siglos la metodología en los estudios de atribución descansaba en los cuatro principios establecidos por San Jerónimo, que podemos resumir así:

- el texto anónimo debe asemejarse en calidad literaria al resto de obras del autor atribuido
- debe manifestar una coherencia doctrinal
- debe estar escrito en un estilo más o menos semejante
- no puede contener anacronismos²

San Jerónimo no pretendía otra cosa que elaborar un método de atribución, pero Foucault vio en estos cuatro principios, como se sabe, una especie de paradigma sobre lo que Occidente entiende por autor y, por ahí, vino a concluir que el autor no es más que una función para clasificar discursos y, en última instancia, un dique en la proliferación de significados³. No me extraviaré por los vericuetos de la teoría literaria ni es cuestión ahora de explicar qué es un autor, salvo dejar claro que autor para mí (mucho más que un nombre propio o la signatura en una biblioteca) es un ser de carne y hueso que escribe y

2.— V. Gonzalo Navajas, *Mimesis y cultura en la ficción. Teoría de la novela*, London, Tamesis Books Limited, 1985, p. 29 y ss.

3.— Michel Foucault, «What is an Author?» en *Textual Strategies*, ed. Josué Harari, Ithaca, Cornell University Press, 1979, p. 150.

publica obras dentro de unas coordenadas espacio-temporales concretas. El nombre propio «Aristóteles» representa la suma de todas y cada una de las obras que escribió, pero si digo que la *Ética a Nicómaco* está escrita por él, no lo digo sólo por razones de estilo, doctrina o cronología, sino porque estoy convencido de que el hombre de carne y hueso llamado Aristóteles, nacido en Estagira (Macedonia) en el siglo IV antes de Cristo, discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno, fue quien lo compuso. Naturalmente puedo estar equivocado, como puedo estar equivocado al pensar que Oswald fue quien asesinó a Kennedy, pero mientras no haya pruebas irrefutables que lo contradigan, el «asesino de Kennedy» es Oswald y «el autor de la *Ética a Nicómaco*» es Aristóteles y no su hijo o los discípulos que recopilaron sus apuntes de clase.

En seguida se me dirá que ningún autor es enteramente autor de sus obras y que muchos, en realidad, no son sino compiladores. Toda escritura está en deuda. Se habla y se escribe con el oído puesto en la tradición y en lo que tienen que decir nuestros coetáneos. Incluso el autor más independiente y original está expuesto a multitud de influencias. Además, nadie tiene un dominio hegemónico sobre su obra ni mantiene el mismo nivel de calidad ni es del todo consistente en su estilo o en sus ideas. El escritor evoluciona, se contradice, cambia de piel. El Cervantes de la *Galatea* difiere notablemente del que escribe *Rinconete y Cortadillo*; el *Buscón* de Quevedo apenas tiene un punto en común con la *Política de Dios*; y ¿quién podría relacionar el romance «Ande yo caliente y riase la gente» con las *Soledades* de Luis de Góngora de no mediar su firma? Los consejos de San Jerónimo son muy sensatos, pero apenas deben considerarse la panacea para resolver un problema de atribución, porque la escritura, por su propia naturaleza, es un magma que constantemente fluye y confluye y que se metamorfosea en virtud de muy variadas circunstancias. ¿Quiere ello decirse que el autor, en efecto, no existe y que no es más que una etiqueta puesta por la posteridad sobre un conjunto de textos más o menos afines? Creo que para contestar a esta pregunta será necesario acudir al principio de individuación.

Identidad personal e individuación lingüística

La identidad de un ser humano está en sus huellas dactilares, en el ADN de sus cromosomas y, de manera quizá ya más imprecisa, en alguna marca de nacimiento. Todo lo demás es cuestionable. Por buen fisonomista que uno sea, la cara de un individuo puede cambiar y ser irreconocible con un peinado diferente, con una barba bien poblada o con los estragos de la edad; el timbre de voz puede imitarse o confundirse con el de un familiar o un compatriota que tenga el mismo acento; y una carta escrita de puño y letra no excluirá jamás la posibilidad de la superchería. Los tomistas, basándose en Aristóteles, sostenían que el principio de individuación residía en la materia y, a este respecto, la ciencia parece estar dándoles la razón, pues es exclusivamente el particular entrelazamiento de las hebras del ADN en los cromosomas de un ser vivo lo que determina la individualidad. Nuestra conducta, en cambio, difícilmente nos identifica. Somos seres de hábitos y rutinas y cada uno de nosotros se construye hasta cierto punto una *persona* mediante actos y palabras (los *dicta* y *facta* de las biografías), pero debe admitirse que ni uno mismo sabe exactamente por qué actúa de un modo o de otro. Echamos una mirada al pasado

y algunas de nuestras acciones nos resultan absolutamente impropias de quienes somos —o creemos ser—, mientras que la lectura de cualquier escrito que hicimos tiempo atrás se nos aparece como ajeno, remoto, la obra de otra persona. ¿No es el «yo», en definitiva, la suma de otros «yos»? Y el «yo» mismo, ¿no es acaso, como pensaba David Hume, un constante fluir de percepciones sin principio ni final?⁴ Hume en muchos momentos dio por imposible la identidad del «yo», aunque en algún pasaje de su obra afirmó que la identidad personal no es sino el conjunto de percepciones que permanece invariable a través del tiempo⁵. Así lo pensaba también Leibniz⁶. Y para Locke tiempo y lugar son las coordenadas que distinguen un objeto entre todos los demás objetos⁷. Me acuerdo ahora de la magdalena de Proust y los mecanismos de la memoria involuntaria que nos ayudan a recordar un pasado perdido y pienso que la identidad personal —si es que existe— está en el recuerdo, en la asiduidad de nuestras querencias y en el particular uso que hacemos de la lengua.

Singularidad y recurrencia

Recuerdos y querencias viven en la mente de un individuo y sólo a él y nada más que a él le pertenecen. Las palabras, por el contrario, son propiedad común, dominio público. No son innatas, sino adquiridas; no se combinan entre sí por instinto o por obra de una gramática universal instalada en el cerebro, sino que, más bien, se van archivando en la memoria a través del uso. Digo lo que digo en tal o cual situación por lo que he ido escuchando en situaciones semejantes. Un alfilererazo o el sabor a fresa son sensaciones inefables, pero el uso me ha enseñado a exclamar «¡ay!» cuando me pincho y a decir que el helado de fresa que saboreo está «delicioso», «buenísimo» o «de rechupete». Naturalmente nada de lo que pueda decir está *fatalmente* determinado ni es del todo previsible; hay multitud de variables y factores en juego y, entre otros, el deseo que tenemos por la novedad. A nadie le gusta repetirse. Y, sin embargo, ni el hablante más original y creativo está en posesión de un repertorio verbal ilimitado. La aparente variedad del discurso hablado o escrito se consigue en todos los casos con un repertorio que es a la vez limitado, singular y recurrente.

Nadie pondrá en duda que todo individuo se repite al hablar o al escribir, pero ha sido sólo en estos últimos años, con la presencia del ordenador y el crecimiento exponencial de corpus electrónicos, cuando ha sido posible verificar empíricamente el grado de recurrencia de la lengua. Cualquier programa de concordancias confirma una y otra vez que

4.– «For my part when I enter most intimately into what I call myself, I always stumble on some particular perception or other, of heat or cold, light or shade, love or hatred, pain or pleasure. I never catch myself at any time without a perception, and never can observe anything but a perception...», *A Treatise of Humane Nature*, Oxford, Clarendon Press, 1888, p. 252

5.– «... personal identity is not something with which we are born but is a matter of style that we develop or acquire through time: it is manner rather than matter, form rather than content» (Hume 1963: 263-4). La cita está recogida en Constantin V Boundas, *Deleuze and philosophy*, Edinburgh University Press, 2006, p. 89.

6.– Véase Jan A Cover and John O'Leary-Hawthorne, *Substance and Individuation in Leibniz*, Cambridge University Press, 1999, p. 271.

7.– Consúltese Christopher Hughes Conn, *Locke on Essence and Identity*, Springer, 2003, p. 92.

el hablante no sólo emplea fórmulas y frases hechas en su discurso, sino que cada uno de sus enunciados está también formado por secuencias prefabricadas⁸. Raramente el hablante ensambla enunciados palabra a palabra, de manera analítica, sino que más bien lo que hace es combinar continuamente sintagmas existentes en su entorno lingüístico, siendo así que mientras una gran mayoría de secuencias cortas aparece replicada en otros muchos enunciados, apenas hay un enunciado igual a otro, salvo si estamos ante fórmulas, refranes o repeticiones voluntarias. La capacidad creativa del hablante es potencialmente ilimitada al nivel del enunciado y limitadísima, en cambio, al nivel de la frase, por más que todo hablante acuñe ocasionalmente algún sintagma idiosincrásico.

Ahora bien: la idiosincrasia fraseológica apenas nos vale para identificar un idiolecto y, menos aun, un texto literario, pues para ello tendríamos que operar con un corpus que incluyera la totalidad de frases emitidas, ya que de otra manera existe siempre la posibilidad del préstamo o la influencia. La rareza de unas cuantas frases compartidas por dos documentos tan sólo asegura una cercanía o contigüidad, nunca una misma autoría, a no ser que haya una recurrencia sistemática desde el primero al último renglón entre el texto en cuestión y el corpus del supuesto autor; y aun así es recomendable la cautela. Dos textos de diferente autor escritos en un mismo registro compartirán inevitablemente un sustancial número de cláusulas y frases idénticas, mientras que difícilmente ocurrirá así con textos de tema y registro diferente escritos por un mismo individuo.

Algunas calas en el repertorio verbal de Góngora

Con todo, la singularidad en la selección verbal de un hablante es tal que muchas veces basta una serie de diez palabras sacadas de un determinado texto para comprobar que una serie equivalente sólo se encuentra en otro texto del mismo autor. Cité más arriba las diferencias notabilísimas entre las *Soledades* de Góngora y cualquiera de sus letrillas o romances, pero si escojo unas cuantas palabras de los primeros cincuenta versos de la *Primera Soledad* (por ejemplo < *farol y cabaña y lumbre y escollo y ondas y riscos y pino y peñas y crepúsculos y trémulos* >) y busco un equivalente en el corpus de la Real Academia (CORDE), con más de sesenta millones de palabras y miles y miles de documentos, me encuentro con que solo cuatro de ellos contienen estas diez palabras: las *Poesías* de José Zorrilla, *La lira poética* de Vicente Sánchez, además de los *Romances* de Góngora y sus *Soledades*. Pero si sustituyo, digamos, «farol» por «garzón», entonces no me quedan ya sino los dos textos gongorinos; y lo mismo si reduzco la serie a sólo estas tres palabras: < *garzón y vomitado y trémulos* >. No dudo que distintas series pueden depararme otros textos más o menos afines, pero este simple ejemplo deja claramente de manifiesto la extraordinaria singularidad en el repertorio verbal de un escritor aun en el nivel más elemental, como es su repertorio léxico.

8.- Douglas Biber, Susan Conrad et al, *Corpus Linguistics: Investigating Language Structure and Use*, Cambridge University Press, 1998. Véase, en especial, «Part I: Investigating the use of language features», págs. 19-131.

El valor de los topónimos en la atribución textual

Se dice que «x» es físicamente idéntico a «y» si, y sólo si, «x» e «y» ocupan exactamente el mismo lugar en un momento dado del tiempo⁹, pero podría añadirse que «x» tiende a ser igual a «y» si «x» e «y» recorren de continuo una misma ruta. Nuestra experiencia personal así lo atestigua, pero también el vastísimo corpus de documentos que abarca el Internet. Escribamos en el campo de búsqueda de Google tres o cuatro lugares en los que alguna vez hayamos estado —sea una playa veraniega, el nombre de nuestro instituto o la calle donde actualmente vivimos— y comprobaremos que de todos los documentos indexados apenas habrá alguno que los incluya. La ruta de todo individuo, en efecto, viene a ser tan particular como los sinuosos surcos de su huella digital.

Apliquemos ahora el mismo experimento con el *Quijote* de Avellaneda. Sabemos que está publicado en Tarragona en 1614, por lo cual se ha de suponer que su autor, si no estuvo físicamente allí, debió de tener cuando menos algún tipo de vinculación con la ciudad. El corpus de CORDE entre 1590 y 1650 incluye más de tres mil documentos (3.347 para ser exactos) y casi cuarenta millones de palabras¹⁰. Pues bien, el topónimo «Tarragona» aparece solamente en 53 de ellos, entre los cuales se cuentan dos documentos de Lope de Vega, otros dos de Tirso de Molina y uno de Lupercio Leonardo de Argensola, además de la Segunda Parte del *Quijote* cervantino. Otras candidaturas están ausentes. CORDE no indexa la *Pícara Justina* o las memorias de Pasamonte, ni a Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón o Alonso Ledesma, ni tampoco a Salas Barbadillo, Valladares de Valdelomar, Quevedo, Suárez de Figueroa o Castillo Solórzano, por nombrar algunos de los candidatos barajados en algún momento. Naturalmente un topónimo apenas es indicio de nada y no hace falta tampoco aclarar que CORDE, siendo un corpus considerable, resulta todavía escasísimo en comparación con la totalidad de textos producidos en ese periodo. Pasemos, en todo caso, al Prólogo de Avellaneda.

Topónimos toledanos

Allí se lee, casi al principio, un topónimo ya mucho más particular, el «castillo de San Cervantes», ubicado, como se sabe, a las afueras de Toledo. CORDE indexa tres documentos junto al *Quijote* espurio: el romance de Góngora que empieza «Castillo de San Cervantes, Tú que estás par de Toledo», la *Agudeza y arte de ingenio* de Gracián y *Cigarralles* de Tirso. No debemos lanzar ninguna campana al vuelo salvo testimoniar que Avellaneda y Tirso comparten una ruta (Tarragona-Castillo de San Cervantes) que no recorre ningún otro autor incluido en CORDE. Prosigamos. Entre el Prólogo y el primer capítulo, Avellaneda inserta un soneto burlesco, que no es sino una imitación de otro soneto burlesco escrito por Cervantes en el *Quijote* de 1605, en el cual se remeda paródicamente el

9.- «One way to characterize physical identity would be to say that «x» is physically identical with «y» if and only if «x» and «y» fill up exactly the same time area of space at exactly the same time. Thus «x» and «y» are identical if and only if they fill up exactly the same four-dimensional «slot» of the space time», Pauli Pylkkö, *The Aconceptual Mind: Heideggerian Themes in Holistic Naturalism*, John Benjamins Publishing Company, 1998, p. 62.

10.- El Corpus Diacrónico del Español (CORDE) es hasta la fecha el banco de datos más completo de textos en español de época medieval, Siglos de Oro y época moderna, con más de 125 millones de palabras.

castellano antiguo¹¹. La imitación apenas tiene valor, pero sí la cita de los pueblos toledanos de Illescas y Olías que aparecen en el último verso del segundo cuarteto, pues certifica la familiaridad de Avellaneda con la ruta que va de Madrid a Toledo¹². CORDE depara tres documentos, además del falso *Quijote: Guzmán de Alfarache*, el *Romancero General* de 1600 y la *Historia de Felipe II* de Cabrera de Córdoba, pero ya dijimos que no están todos los que son, pues tanto Lope como Tirso tienen varias comedias que se desarrollan precisamente en Illescas (*El caballero de Illescas* y *Marta la Piadosa*, respectivamente), además de otras, como la comedia tirsiana *Desde Toledo a Madrid* —y hasta cierto punto *Por la Puente Juana* de Lope— en donde la ruta misma (Cabañas-Olías-Illescas) cobra un papel esencial. Más adelante estudiaré algo más detenidamente los topónimos de Avellaneda en relación con textos coetáneos, pero antes desearía resaltar un detalle del soneto burlesco que puede darnos una primera clave sobre individuación textual.

La rima «Quijote» / «al trote»

Uno pensaría que un soneto que imita crudamente el lenguaje paródico de otro difícilmente puede exhibir una marca distintiva, pero ya vamos viendo que la identificación de un texto no se halla en rasgos estilísticos particulares, sino, más bien, en el repertorio empleado. Los topónimos *Illescas* y *Olías* discriminan a Lope y Tirso entre la mayoría de candidatos que se han barajado para Avellaneda, pero si nos fijamos algo más en el soneto, descubrimos que la rima <al trote / Quijote> está, y por dos veces, en el corpus de Tirso. El primer testimonio aparece en la comedia *El castigo del Penseque*:

11.– Estos son los dos sonetos:

Quijote 1605

Maguer, señor Quijote, que sandeces
vos tengan el cerbelo derrumbado,
nunca seréis de alguno reprochado
por home de obras viles y soeces.

Serán vuestas fazañas los joeces,
pues tuertos desfaciendo habéis andado,
siendo vegadas mil apaleado
por follones cautivos y raheces.

Y si la vuesa linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
ni a vuestas cuitas muestra buen talante,

en tal desmán, vuesto conorte sea
que Sancho Panza fue mal alcagüete,
necio él, dura ella, y vos no amante.

Avellaneda

Maguer que las más altas fechorías
homes requieren doctos e sesudos,
e yo soy el menguado entre los rudos,
de buen talante escribo a más porfías.

Puesto que había una sin fin de días
que la fama escondía en libros mudos
los fechos más sin tino y cabezudos
que se han visto de Illescas hasta Olías,

ya vos endono, nobres leyenderos
las segundas sandeces sin medida
del manchego fidalgo don Quijote,

para que escarmentéis en sus aceros;
que el que correr quisiere tan al trote,
non puede haber mejor solaz de vida.

12.– Esto ya lo dijo Clemencín: «Que Avellaneda residió en Toledo lo manifiesta al parecer el conocimiento minucioso que muestra y la frecuente mención que hace de las cosas de aquella ciudad, del castillo de San Cervantes, de las puertas del Cambrón y Visagra, de Zocodover y del Alcaná, de la tarasca de la catedral y la descripción de la casa del Nuncio [...]» (Miguel de Cervantes Saavedra. *El ingenioso hidalgo*, cap. LIX, n. 36, p. 1848). Tomo la cita del interesante artículo de José Luis Pérez López, «Una hipótesis sobre el don *Quijote* de Avellaneda: De Liñán de Riaza a Lope de Vega», *Lemir* n. 9 (2005).

Cuando los llegue a saber
 Madrid, los ha de poner
 en sus novelas Cervantes.
 Aunque en el tomo segundo
 de su manchego Quijote
 no estarán mal, como al trote
 los lleven por ese mundo
 las ancas de Rocinante,
 o el burro de Sancho Panza.

Tirso escribe estos versos cuando Cervantes todavía vive y, según ya notara Díaz Solís¹³, resulta curioso que diga «tomo segundo», tal como aparece en el título de Avellaneda, en lugar de «Segunda Parte». El segundo caso se encuentra en la comedia *Tanto es lo de más como lo de menos*:

ya en jumento, ya en rocín,
 ya de portante, ya al trote, comiendo a
 pasto o a escote,
 daré a venteros venganza,
 no me llamen Sancho Panza,
 que se enoja don Quijote.

Como mínimo, esta doble coincidencia en la rima obliga a pensar que Tirso leyó el «Segundo Tomo del Ingenioso hidalgo», aunque si es así, debió ser una lectura muy atenta, ya que el título mismo de la Comedia, *Tanto es lo de más como lo de menos*, surge de un dicho que comparte también el texto de Avellaneda:

Y no me seáis repostona, que me canso ya de vuestras impertinencias, y tanto será lo de más como lo de menos...

Si buscamos documentos en la red con la serie «al trote» «lo de más como lo de menos», comprobamos que Google espiga exclusivamente tres textos: la referida comedia tirsiana, el *Quijote* de Avellaneda y *La huerta de Juan Fernández*, también de Tirso. ¿Una combinación azarosa? No lo creo, especialmente si formamos una nueva serie con el dicho «Cócale Marta», más el topónimo «Illescas», y esta vez lo que obtenemos, tanto en Google como en CORDE, es *Marta la piadosa* y el *Quijote* espurio. A mi entender, tal exclusividad excluye el azar, pero quizá no la influencia o la pertenencia a un mismo círculo; para ello necesitamos obviamente una muestra mucho más densa.

Lista de cuarenta secuencias

Amplíemos, pues, el campo de acción y, en lugar de centrarnos en frases o palabras aisladas, escojamos una lista de cuarenta secuencias procedentes del Prólogo y vayamos luego a CORDE y Google Books para ver el número de coincidencias con los candidatos más relevantes. Las secuencias están organizadas por orden de aparición en el texto y elegidas sin un criterio definido, un tanto arbitrariamente:

13.– Ramón Díaz Solís, *Avellaneda en su Quijote*, Bogotá, Tercer Mundo, 1978.

es comedia	No le parecerán	diferenciamos	le enfadan
la historia de	con la autoridad que	los teatros de España	tan falto de amigos
no puede ni debe	confiesa de sí	pide el mundo	conténtese con
sin prólogo	viejo en años	hacer ostentación de	no pudo dejar de
sale al principio	en bríos	Sólo digo que	plegue a Dios
segunda parte de	quéjese de	nadie se espante	tristeza del bien
de sus hazañas	por la ganancia	pues no es nuevo	no pudo dejar de
sus letores	que le quito	los amores de Angélica	dilatado campo
Miguel de Cervantes	dejar de confesar	castillo de San Cervantes	enseña a ser
en sus novelas	en los medios	todo y todos	por las plazas

Como se ve, ninguna frase elegida es especialmente rara y algunas son muy comunes, pero al hacer el recuento, Tirso obtiene los mejores resultados (20/40), seguido muy de cerca por Lope de Vega (18/40). El resto de candidatos queda ya muy por detrás. El texto de *La Pícaro Justina*, por ejemplo, no pasa de tres coincidencias y las *Memorias de Pasamonte* tiene una solamente (Véase Apéndice I). Más significativas resultan aun las secuencias con un menor índice de frecuencia. Contabilizo ocho en Tirso y por lo menos seis en Lope de Vega:

Tirso	Lope
castillo de San Cervantes	en bríos
los teatros de España	quéjese de
hacer ostentación de	que le quito
quéjese de	nadie se espante
conténtese con	todo y todos
no pudo dejar de	enseña a ser
Sólo digo que	
en sus novelas	

Si ahora combinamos estas frases en series de dos y buscamos equivalentes en CORDE, encuentro que la serie <Castillo de San Cervantes y los teatros de España> está solamente en *Cigarrales*, lo mismo que <los teatros de España y Sólo digo que>. Ningún resultado igual logro con Lope, aunque el grado de cercanía de los dos dramaturgos con respecto a Avellaneda es más que notable, como se irá viendo.

La ejemplaridad del relato

Desde luego algunas de las opiniones vertidas en el Prólogo de Avellaneda sobre el *Quijote* de 1605 y, más aun, las *Novelas Ejemplares* coinciden en muy buena medida tanto con lo que Lope dice en el prólogo a *Las fortunas de Diana*¹⁴, como lo que escribe Tirso en *Cigarrales* y en *Deleitar aprovechando*. Uno y otro comparan la producción novelística de Cervantes con la comedia, le restan valor y originalidad y cuestionan la supuesta ejemplaridad de sus historias. Avellaneda afirma al principio del prólogo que el suyo será «más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas». Nótese, en primer lugar, la frase «en sus novelas», idéntica a la que encontramos en los versos de *El castigo del Penseque* citados anteriormente: «Cuando lo llegue a saber Madrid los ha de poner **en sus novelas** Cervantes». Es un detalle nimio, pero si buscamos en la red la serie <«en sus novelas» «al trote» «Sancho Panza»>, la práctica totalidad de los documentos indexados incluye sólo la comedia tirsiana y el *Quijote* espurio. La distinción entre ejemplaridad y sátira en las obras de entretenimiento preocupaba también al mercedario. Por ejemplo, en *Deleitar aprovechando* éste era el comentario que hacía sobre los entremeses «profanos» frente a los «divinos»:

los entremeses que la profanidad celebra tienen **más de ingeniosos** en las agudezas **satíricas** que en la traza y disposición que los poemas cómicos requieren

Si bien se ve, es casi la misma crítica que hace Avellaneda a las *Novelas Ejemplares*, expresada, por lo demás, en parecidos términos. En otro pasaje, Tirso avanza su propia opinión de cómo deben ser las verdaderas «novelas ejemplares»:

... aquellas novelas merecerán alabanza que, en los sucesos **ejemplares** y en las palabras honestas, satisfaciendo el gusto, no depravan las costumbres, lo que será el contrario en sus opuestas.

—Poca necesidad tenemos de novelas —replicó doña Beatriz— habiendo **vidas de santos**, en lo prodigioso de tanta más admiración que en lo fingido, cuanto más se aventajan sus verdades a las fábulas, que, por mucho que quimericen, no las igualan.

La réplica de doña Beatriz resume muy bien la concepción novelística de Tirso a tenor de las tres novelas incluidas en *Deleitar aprovechando*, pero también me parece que coincide muy de cerca con la visión de Avellaneda. No se olvide que entre las indicaciones seguidas para curar la locura de don Quijote está la lectura del *Flos sanctorum* de Villegas.

Una referencia al *Flos sanctorum*

Me gustaría a este respecto mostrar un paralelismo muy significativo entre el corpus tirsiano y el principio del *Quijote* espurio. El loco caballero, aparentemente recuperado,

14.- El comentario un tanto mezquino de Lope sintoniza sin duda con lo dicho al respecto por Avellaneda: «(En España) también hay libros de novelas, de ellas traducidas de italianos y de ellas propias, en que no le faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento y que podrían ser ejemplares, como algunas de las Historias trágicas del Bandelo, pero habían de escribirlos hombres científicos o por lo menos grandes cortesanos».

descansa en su casa leyendo el *Flos sanctorum* cuando viene a visitarle, una tarde de «calor excesivo», Sancho Panza, quien al verlo enfrascado en la lectura, le pregunta:

—¿Qué libro es ése ... en que lee su mercé? ¿Es de algunas caballerías como aquellas que nosotros anduvimos tan neciamente el otro año?...

—No leo —dijo don Quijote— en libro de caballerías, que no tengo alguno; pero leo en este *Flos sanctorum*, que es muy bueno.

—¿Y quién fue ese Flas Sanctorum? —replicó Sancho—. Fue rey o algún gigante de aquellos que se tornaron molinos ahora un año?

—Todavía, Sancho —dijo don Quijote—, eres necio y rudo. Este libro trata de las vidas de los santos, como de san Lorenzo, que fue asado; de san Bartolomé, que fue desollado; de santa Catalina, que fue pasada por la rueda de las navajas; y asimismo, de todos los demás santos y mártires de todo el año. Siéntate, y leer-te he la vida del santo que hoy, a veinte de agosto, celebra la Iglesia, que es san Bernardo.

Contrástese ahora con este pasaje que aparece al inicio de la comedia tirsiana *El árbol del mejor fruto* (i, iii):

LICINIO: Mas, ¿qué libro es éste?

COLORO: Historia de mil de aquestos que dieron sus vidas, y al fin salieron, aunque muertos, con victoria. ¿Quieres oír algo de él, y sabrás quién es su Dios?

LISINIO: Di.

COLORO: **Sentémonos** los dos debajo de este laurel. Pedro y Andrés, en cruz, con fe divina un Dios confiesan sólo Omnipotente victorioso del mar, triunfa Clemente; del cuchillo y navajas, **Catalina**. Palmas ganan Eulalia con Cristina; un Laurencio honra a España y un Vicente; del cordero en la púrpura inocente justa se baña, auméntala Rufina. Sebastián, con las plumas de sus flechas corónicas al cielo en sangre envía; salen Diego e Ignacio vencedores. Leocadia ablanda cárceles estrechas; cuchillos vence Inés, llamas Lucía.»

Los dos pasajes ofrecen tal similitud, tanto en el empleo de expresiones, como en su composición y contenido, que no cabe más que un mismo origen o una relación estrechísima entre los dos autores.

Lista de secuencias verbales procedentes del Primer capítulo

El paralelismo que acabamos de comentar está al principio del primer capítulo, y si a esto se añaden otras correspondencias que el pasaje de Avellaneda comparte con el corpus de Tirso (*siéntate aquí / hallándole en / Cómo va / medrase / Oh, hideputa...*), parece lógico concluir que todo el capítulo es obra del mercedario; pero si hacemos una selección de secuencias a lo largo de todo el capítulo similar a la hecha en el Prólogo, nos encontramos con que en esta ocasión es Lope de Vega quien supera ampliamente al resto de autores indexados en CORDE o en Google Books, doblando en número de coincidencias a Tirso (Véase apéndice II). Una vez más la selección, como se puede ver debajo, no es rigurosa, pero sí una buena muestra del tejido verbal del falso Quijote.

dice que siendo	Cómo va	en hábito de mujer
de cuya nación	Qué libro es ese (este)	dentro de mi corazón
escrita en arábigo	Oh, hideputa	el respeto que debo a
insigne ciudad de Zaragoza	A fe que tiene razón	más hermosa criatura
metido(a) en un aposento	hazme placer de	blanca como el sol
pesada cadena	tengo de procurar	los dientes de marfil
con mucha instancia	pasearse por	si bien es verdad que
fray Luis de Granada	a la fantasía	chapín valenciano
para que no volviese	Llegáronse todos	en zapatillas
libros de caballerías	la debida cortesía	pedra preciosa que
las quimeras	le rindió las gracias	las partes más pequeñas
su encerramiento	se nos muestra	milagro de naturaleza
dentro de seis meses	dormir sobre (en) los poyos	maravilloso artificio
poder entretener	No se les dé nada	como dice Cicerón
suelto de la prisión	por atajarle	no consiste en otra cosa
con su rosario en las manos	mandó juntamente	entre sí mismas
una calentura	vino al punto	como con persona que
servicio de su persona	entre otras razones	pequeñez del cuerpo
calor excesivo	del antiguo linaje	un negocio de importancia
hallándole en	Zegríes, Gomeles	en todas materias

En el recuento Lope obtiene veintidós concordancias de sesenta frases (36%), por once de Tirso (18%), mientras que el resto de candidatos consigue de nuevo resultados poco relevantes. Curiosamente, Juan Bautista de la Concepción, escritor místico muy admirado por Lope, alcanza ocho, con algunas interesantes coincidencias. Vimos antes el poder discriminatorio de los topónimos, pero lo mismo suele ocurrir con los nombres propios. Por lo pronto, la serie <Zegríes y Gomeles y Tarfe> en el corpus de CORDE (entre 1590 y 1650) aparece solamente en dos documentos, además del *Quijote* de Avellaneda: las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita, como no podría ser de otra manera, y la comedia de Lope *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Otra serie, con nombres de mujeres del mundo antiguo (<*Policena y Dido y Diana y Lucrecia y Medea*>), depara seis documentos, entre ellos *Peregrino en su patria* de Lope. Ahora bien, si añadimos *fray Luis de Granada* en el campo de búsqueda, la novela del Fénix se queda sola.

Un paralelismo de contenido en torno a nombres propios

Mucho más significativo es el paralelismo que detecto al final del capítulo en torno a la frase «como dice Cicerón», muy semejante en calidad al paralelismo que vimos antes en relación con Tirso. Don Álvaro de Tarfe describe a su amada en los términos más encomiásticos, pero al final concede que es algo pequeña de cuerpo. Don Quijote lo ve como una clara imperfección. Tarfe replica:

—Antes, señor hidalgo —dijo don Álvaro—, ésa la hallo yo por una muy grande perfección... (porque), como dicen los filósofos, mayores milagros hacen las cosas pequeñas que las grandes; y cuando ella en alguna parte hubiese errado en la formación de un cuerpo pequeño, será más dificultoso de conocer el yerro que si fuese hecho en cuerpo grande... Así que, mi serafín es un milagro de naturaleza, la cual ha querido darnos a conocer por ella cómo en poco espacio puede recoger, con su maravilloso artificio, el innumerable número de gracias que puede producir; porque la hermosura, como dice Cicerón, no consiste en otra cosa que en una conveniente disposición de los miembros, que con deleite mueve los ojos de los otros a mirar aquel cuerpo, cuyas partes **entre sí mismas** con una cierta ociosidad se corresponden.

En CORDE espigo las frases «milagro de naturaleza» y «maravilloso artificio» en el corpus de Lope, pero eso no es nada en comparación con estos dos pasajes. El primero aparece en el prólogo a *Loas de la parte 1 de Comedias*:

El hablar ha de ser poco, que lo sustancial y grave, como dice Cicerón, no está en retóricas artes. Pues una mujer pequeña no hay cosa que más agrade, que las que calzan a trece gastan muchos cordobanes. La mujer cuando es pequeña, hecha de pequeñas partes, todos dicen que es mejor si es mejor ellos lo saben.

El segundo está en *La Dorotea*:

En todo aquello que tuviere proporción, que eso es hermosura. Porque como dijo en su Filografía León Hebreo, la forma que mejor informa la materia hace las partes del cuerpo entre sí mismas iguales con el todo, unificando el todo con las partes.

Entre los dos textos lopescos median casi treinta años, pero la relación tanto formal como de contenido con el pasaje de Avellaneda es indiscutible, por más que en Lope sea León Hebreo, y no Cicerón, quien sostenga que la proporción de las partes del cuerpo «entre sí mismas» es el principio básico de la belleza. Pero eso debe importarnos poco. Lo que importa aquí es que la frase «como dice Cicerón» está empleada dentro de un mismo contexto, mientras que el trastrueque («Cicerón» por «León Hebreo») lo que hace es subrayar un mismo origen, ya que resulta altamente improbable que dos autores sin ninguna relación entre sí, y de manera independiente, puedan asociar en sus escritos el nombre del orador latino con las virtudes de la pequeñez femenina.

Una batalla literaria del Siglo de Oro

Lope y Tirso, además de compartir un mismo credo literario, debieron tratarse asiduamente en Toledo por más de una década, entre 1600 y 1612, de manera que no sería ni mucho menos descabellado pensar en una posible colaboración, caso de que hubieran decidido escribir la continuación del *Quijote*. Desde luego razones para sentirse ofendidos con Cervantes no les faltaban. En el *Quijote* de 1605 Cervantes se había despachado a gusto contra la nueva comedia, especialmente al equiparar los libros de caballerías con muchas de las comedias que se representaban en *los teatros de España*; y ya hemos visto anteriormente que ninguno de los dos aceptó de buen grado la afirmación cervantina de

que sus *Novelas ejemplares* fueran las primeras «novelas» originales escritas en España y, menos aún, «ejemplares». Entrambasaguas dejó dicho que el *Quijote* de Avellaneda fue una batalla más de las varias que se libraron en las dos primeras décadas del siglo XVII entre los seguidores del Fénix y sus detractores¹⁵, mientras que Gómez Canseco, en el mejor repaso hecho hasta la fecha sobre la cuestión del apócrifo, afirma que «la obra nacería probablemente del ambiente polémico de academias y enemistades literarias, y con una intención más o menos similar a la de la *Expostulatio Spongiae*»¹⁶. Canseco no tiene dudas sobre la activa participación de Lope en el *Quijote* de Avellaneda, aunque entre los posibles colaboradores no parece barajar el nombre de Tirso, atribución que, en otra parte de su estudio, considera poco fundamentada. Sin embargo, las calas hechas hasta ahora en el tejido verbal del apócrifo, los cotejos con topónimos y, sobre todo, algunos paralelismos de contenido sitúan la obra de Tirso muy cerca del texto de Avellaneda, aunque también próximo a Lope de Vega. ¿Debe hablarse entonces de colaboración o fue uno sólo el autor material? ¿O acaso las concordancias vistas hasta ahora ponen únicamente de manifiesto un mismo *registro*?

Grado de frecuencia de palabras gramaticales más usadas

Todos los estudios de atribución basados en la cuantificación verbal suelen seleccionar una serie de valores mensurables procedentes de un texto anónimo y compararlos luego con los valores correspondientes de un conjunto de textos, a fin de determinar qué texto o qué muestra de autor conocido se acerca más al texto anónimo. La dificultad radica en saber, primeramente, cuáles son las medidas textuales que mejor discriminan un texto y, en segundo lugar, hasta qué punto es significativa la distancia que estas medidas marcan entre los distintos textos. Un artículo reciente sobre el asunto analiza y evalúa treinta y nueve tipos de medidas textuales, desde la longitud de palabra o de frase a la riqueza de vocabulario o la frecuencia de palabras más comunes, llegando a la conclusión de que el método con mejores resultados viene a ser aquel que combina a la vez la frecuencia de palabras de alta frecuencia junto con la frecuencia de los signos de puntuación¹⁷. Si operamos con textos modernos y con muestras no demasiado amplias, puede que los signos de puntuación sean pertinentes, pero no en textos del Siglo de Oro, a no ser, quizá, con autógrafos. La frecuencia de palabras más comunes, en cambio, suele dar buenos resultados dentro de textos escritos en un mismo registro y especialmente en prosa¹⁸. El cálculo que se hace en estos casos consiste en dividir, entre un conjunto de palabras de alta frecuencia, la frecuencia relativa de cada una de estas palabras por el número total de palabras en el texto.

15.– Joaquín de Entrambasaguas, *Una guerra del siglo de Oro*. Véase, en especial, la sección dedicada al enfrentamiento entre Cervantes y Lope (pp. 108 y ss.).

16.– Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pág. 59.

17.– Jack Grieve, «Quantitative Authorship Attribution: An Evaluation of Techniques» en *Literary and Linguistic Computing* 22-3 (2007), pp. 251-70.

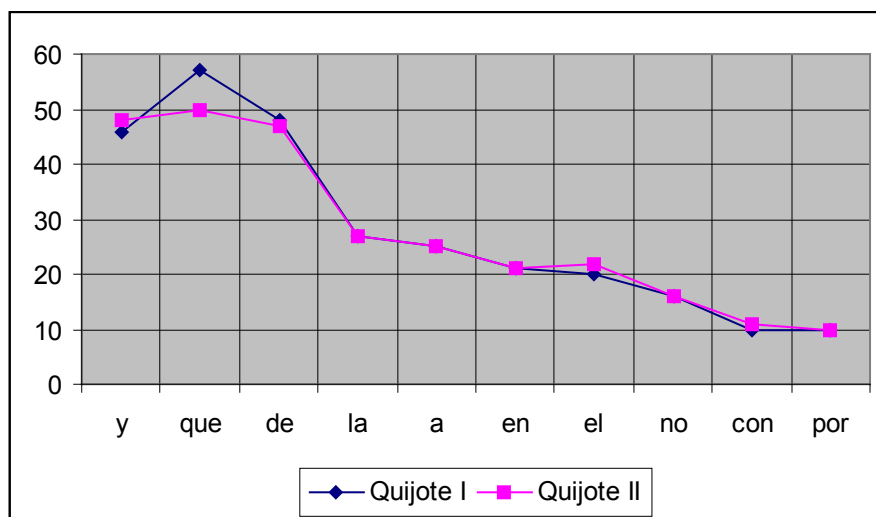
18.– No parece que ocurra lo mismo en textos escritos en verso, al menos en los experimentos que he llevado yo a cabo por mi cuenta, ni tampoco con textos por debajo de las diez mil palabras.

Frecuencia de palabras gramaticales más comunes en textos del Siglo de Oro relacionados con Avellaneda

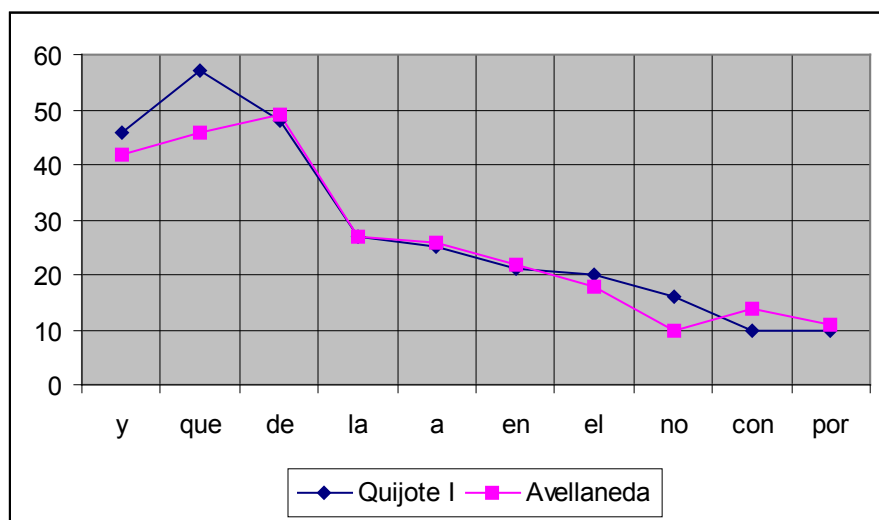
Hagamos un primer experimento con los dos *Quijotes* cervantinos y comparémoslo luego con el *Quijote* de Avellaneda. Elijo para ello las diez palabras más frecuentes:

	<i>Quijote I</i>		<i>Quijote II</i>		Avellaneda	
	187634		198691		141150	
y	8668	0.046	9684	0.048	6061	0.042
que	10726	0.057	10082	0.050	6523	0.046
de	9018	0.048	9454	0.047	6920	0.049
la	3757	0.027	5462	0.027	3869	0.027
a	4803	0.025	5106	0.025	3690	0.026
en	4058	0.021	4221	0.021	3178	0.022
el	3872	0.020	4409	0.022	2620	0.018
no	3080	0.016	3259	0.016	1528	0.010
con	2026	0.010	2187	0.011	2048	0.014
por	1942	0.010	2017	0.010	1560	0.011

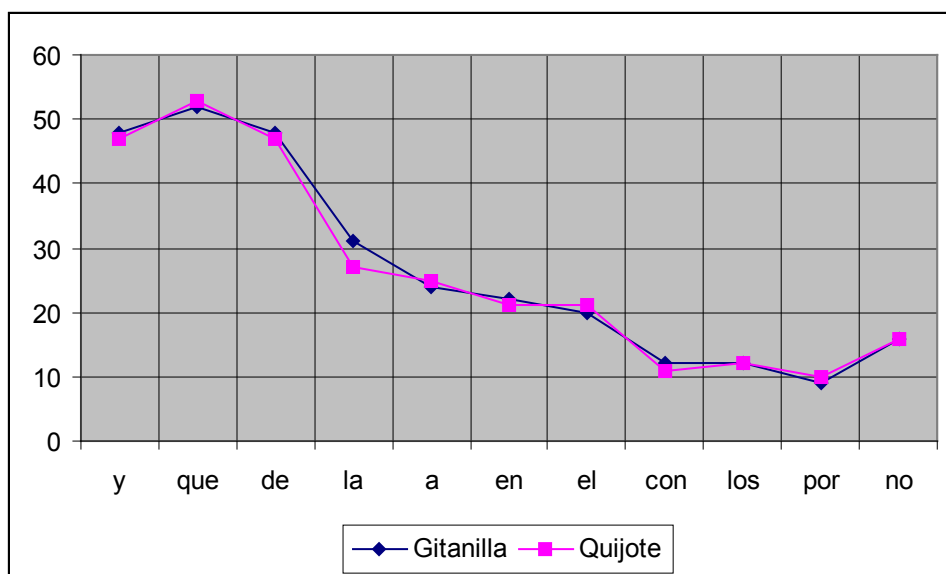
El gráfico que pongo debajo subraya aún mejor la proximidad de los dos *Quijotes*, aunque puede observarse una clara divergencia con el relativo «que», achacable, pienso, a la diferencia temporal que media entre las dos redacciones.



El *Quijote* de Avellaneda, por su parte, sin desviarse notablemente del *Quijote* de 1605, muestra ya un dibujo algo diferente. Nótese, en especial, la discrepancia con la palabra «no».

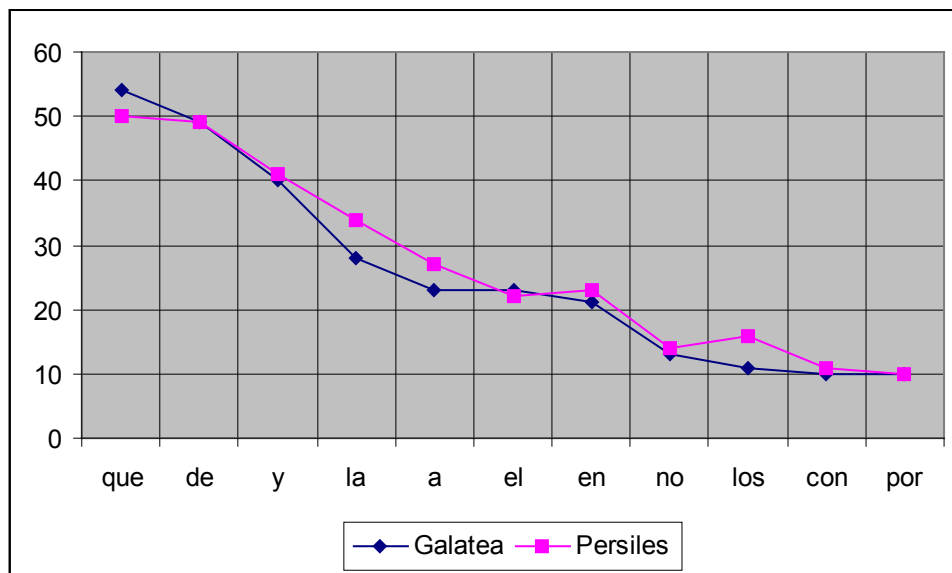


Hagamos la misma operación con otros textos cervantinos. Por ejemplo, entre «La gitanilla» y las dos partes del *Quijote*¹⁹.

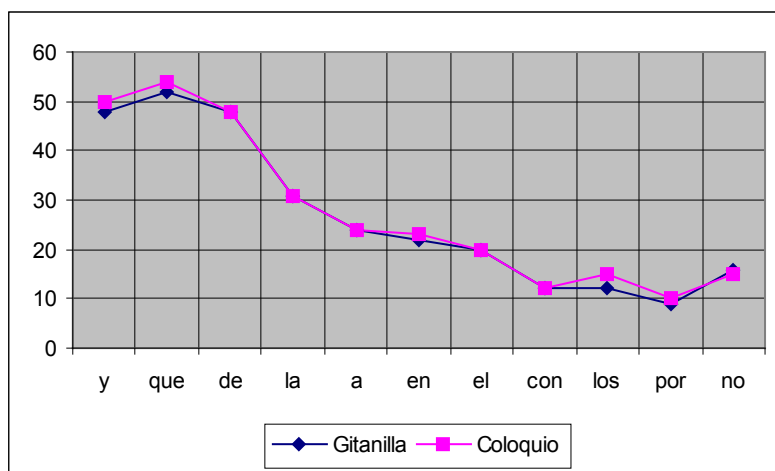


El dibujo en esta ocasión es prácticamente idéntico. Veamos qué pasa ahora entre la *Galatea* y el *Persiles*, dos novelas cervantinas muy distanciadas en el tiempo:

19.- Remito a los índices para aquél que esté interesado en comprobar los números.



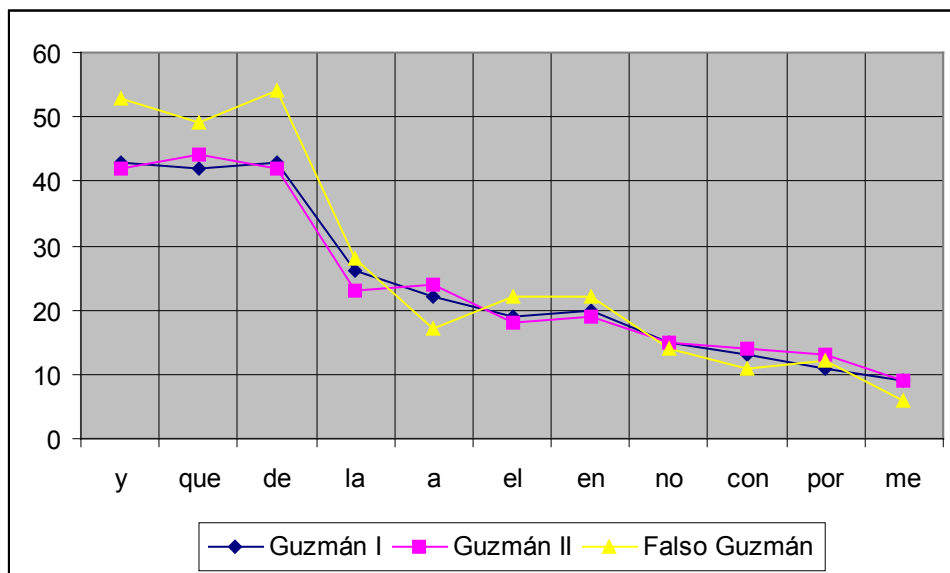
Existen ciertas divergencias, pero llama la atención que el orden de frecuencia de las primeras cuatro palabras sea semejante (*que de y la*) y que la palabra «no» tenga casi la misma incidencia en los dos textos. Con todo, está claro que la frecuencia de palabras gramaticales de alta frecuencia sufre ciertas alteraciones a lo largo del tiempo. Comparemos todavía otros dos textos cervantinos escritos en una misma época, como «La gitanilla» y «El coloquio de los perros»:



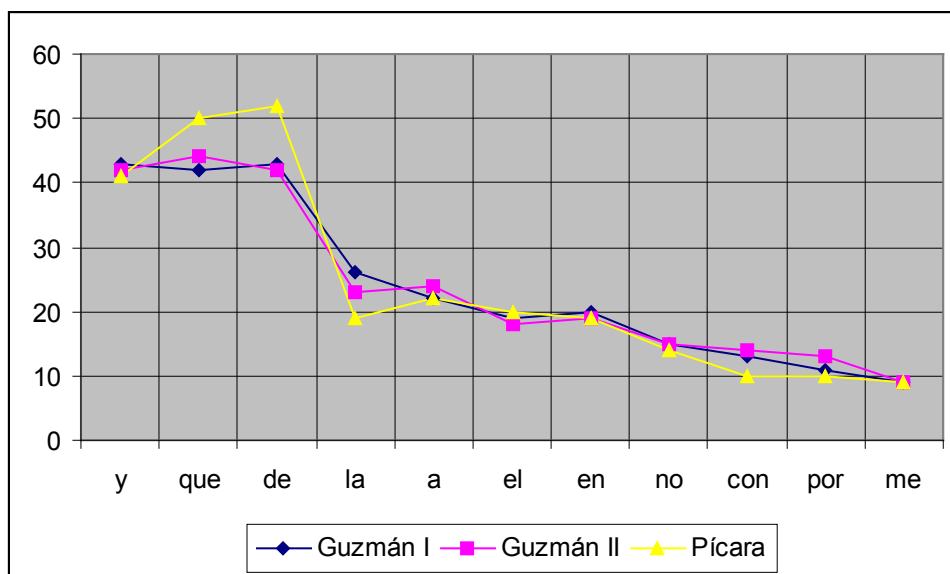
Aquí, una vez más, la línea de los dos textos corre pareja.

Los Guzmanes

Hagamos lo mismo ahora con los dos *Guzmanes* de Mateo Alemán y comparémoslo luego con el falso *Guzmán* de Martí:

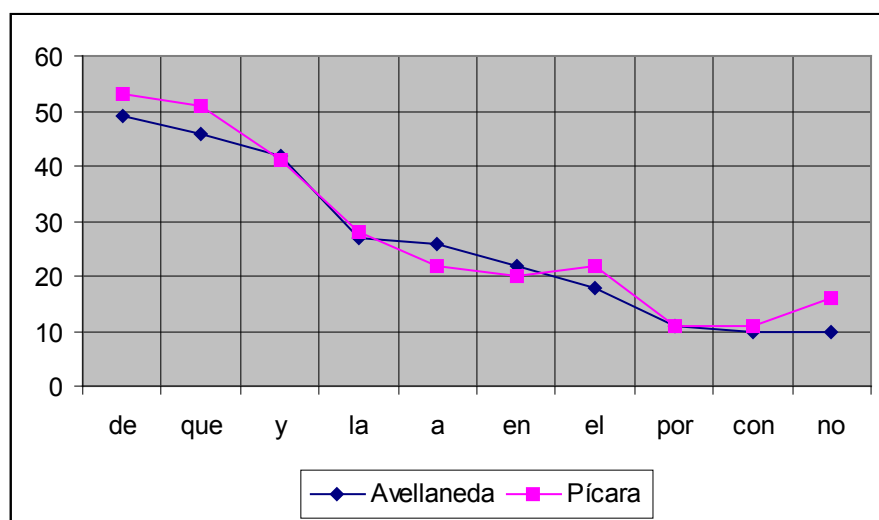


Aun más claro que en los *Quijotes*, las diferencias en el dibujo entre las dos partes escritas por Mateo Alemán y el falso *Guzmán* saltan a la vista y no necesitan de mayor comentario. Nótese que el mismo fenómeno se observa al comparar los dos *Guzmanes* de Alemán con la *Pícara Justina*, texto que está escrito en un mismo registro y es contemporáneo:

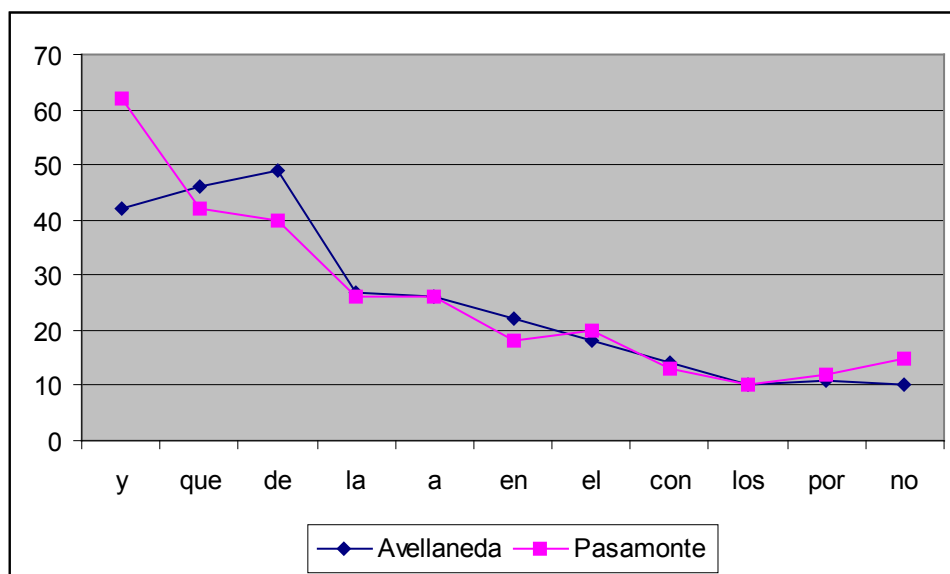


La *Pícara Justina* y las «Memorias» de Jerónimo de Pasamonte

Recientemente se ha vuelto a sugerir que el autor de la *Pícara* podría haber escrito también el falso *Quijote*²⁰, pero las divergencias que se observan en la frecuencia de las diez palabras más comunes no parecen corroborarlo:



Cierto que al ser textos escritos en un mismo registro no se dan diferencias netas, pero basta contrastar los dos *Guzmanes* y los dos *Quijotes* para sospechar que Avellaneda y el autor de la *Pícara* son autores distintos. Quien puede quedar definitivamente descartado en la puja por la autoría de Avellaneda es Pasamonte, a tenor de lo que se observa en este gráfico:

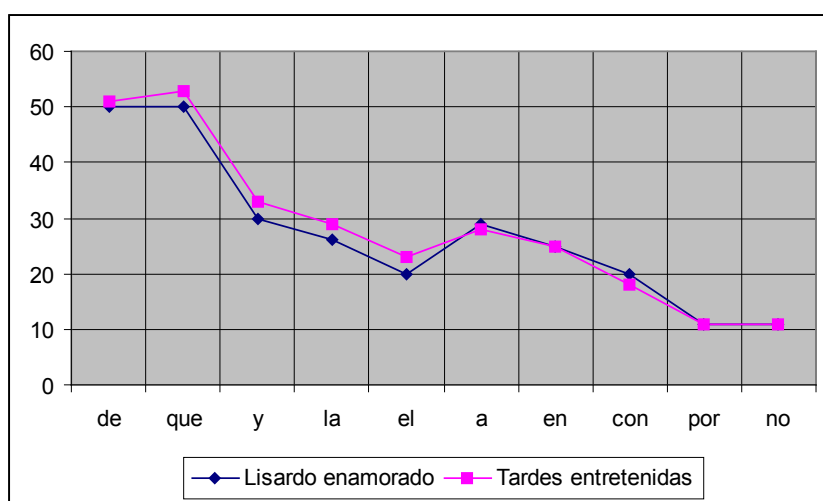


20.- Javier Blasco, «Baltasar Navarrete...», *ed. cit.*

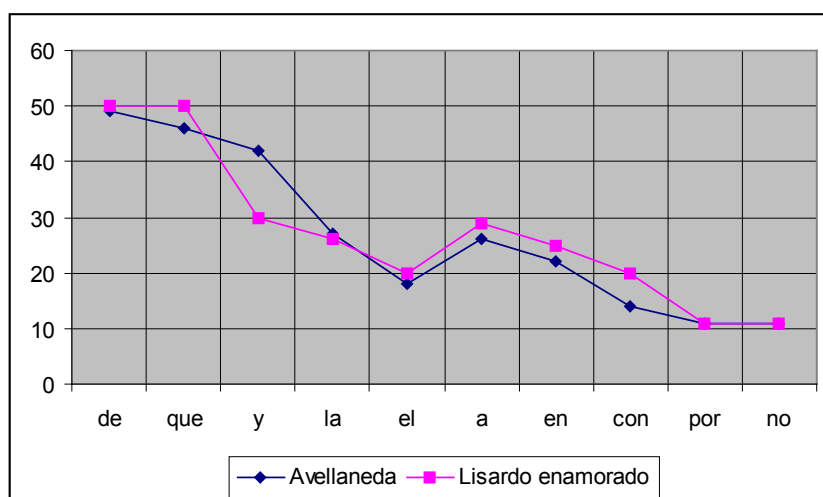
La altísima frecuencia de la conjunción «y» en Pasamonte es indicio claro de oralidad y confirma, gracias a este simple rasgo lingüístico, la falta de sofisticación literaria del viejo soldado.

Comparación con otros candidatos

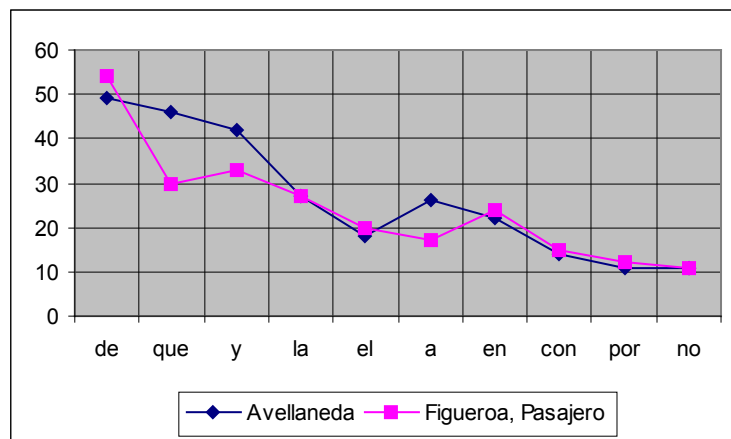
Otras candidaturas pueden ser también desechadas si nos atenemos a la frecuencia de las palabras más frecuentes. Tomemos, por ejemplo, el caso de Castillo Solórzano. Si comparamos dos de sus novelas, la línea que refleja la frecuencia de palabras más comunes es muy similar en ambos casos:



Nótese ahora la disparidad en el dibujo entre el texto de Avellaneda y el *Lisardo enamorado* de Castillo Solórzano:

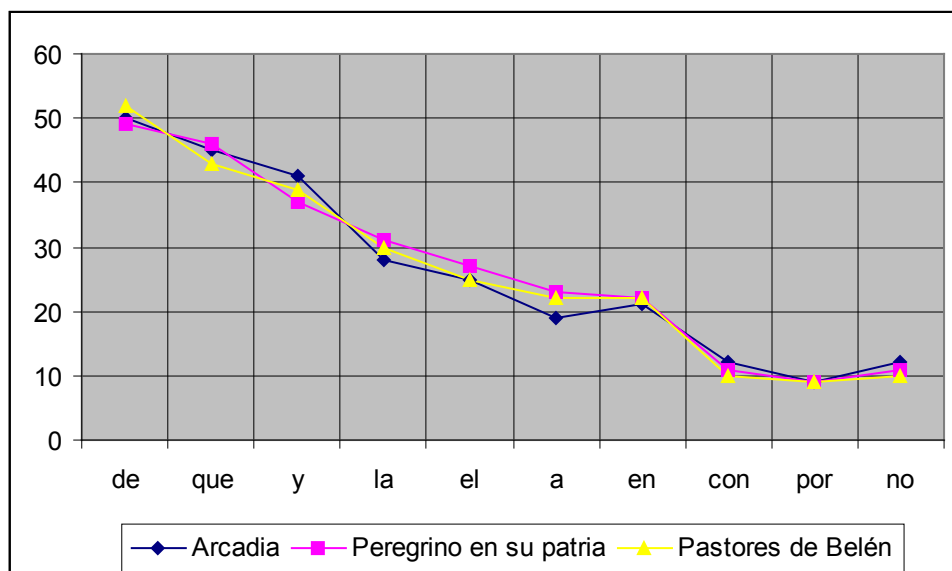


Otra candidatura defendida últimamente es la de Suárez de Figueroa, pero la frecuencia de palabras más comunes entre *El pasajero* y el *Quijote* de Avellaneda no lo avala en absoluto:

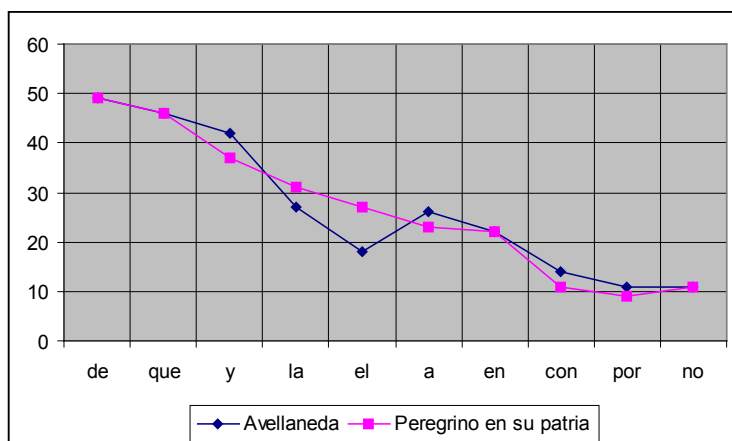


Los textos de Lope y Tirso

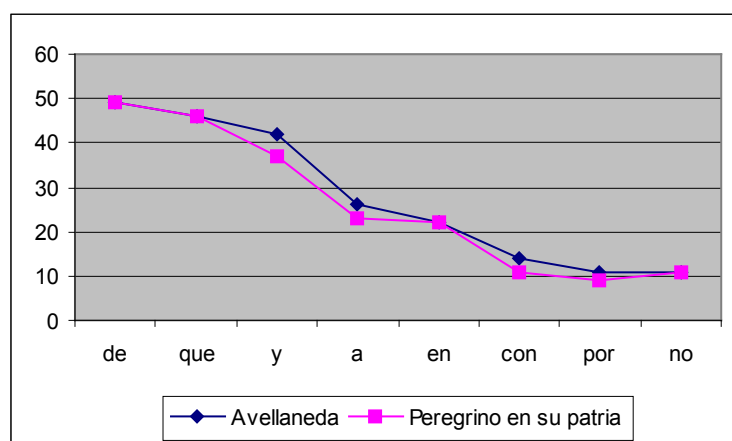
Centrémonos ahora en Lope y Tirso, los dos candidatos que en el análisis llevado a cabo en el Prólogo y en el Primer Capítulo han resultado estar más cerca del falso *Quijote*. Ambos autores tienen un buen corpus de obras en prosa, si bien la mayoría escritas en un estilo mucho más formal. Empezaré con Lope. Si cotejamos tres de sus novelas —*Arcadia* (1598), *Peregrino en su patria* (1604) y *Pastores de Belén* (1612)—, volvemos a confirmar que el índice de frecuencia de las palabras más comunes es muy parecido en los tres textos:



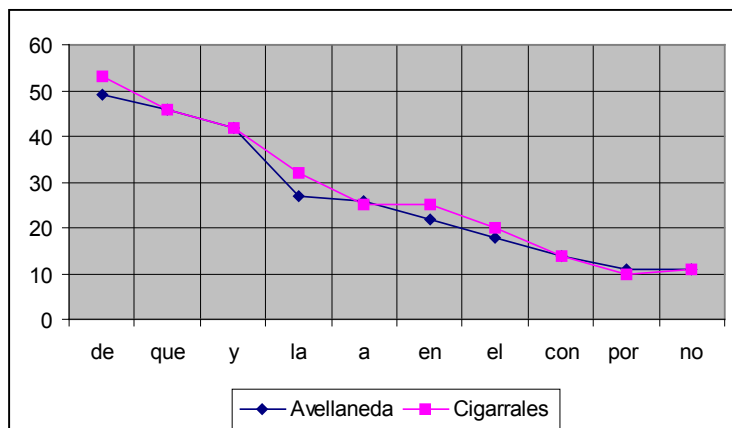
Por su parte, la comparación entre *Peregrino en su patria* y el texto de Avellaneda manifiesta alguna alteración importante, aunque afecta especialmente a los artículos «el» y «la», muy condicionados por el vocabulario empleado:



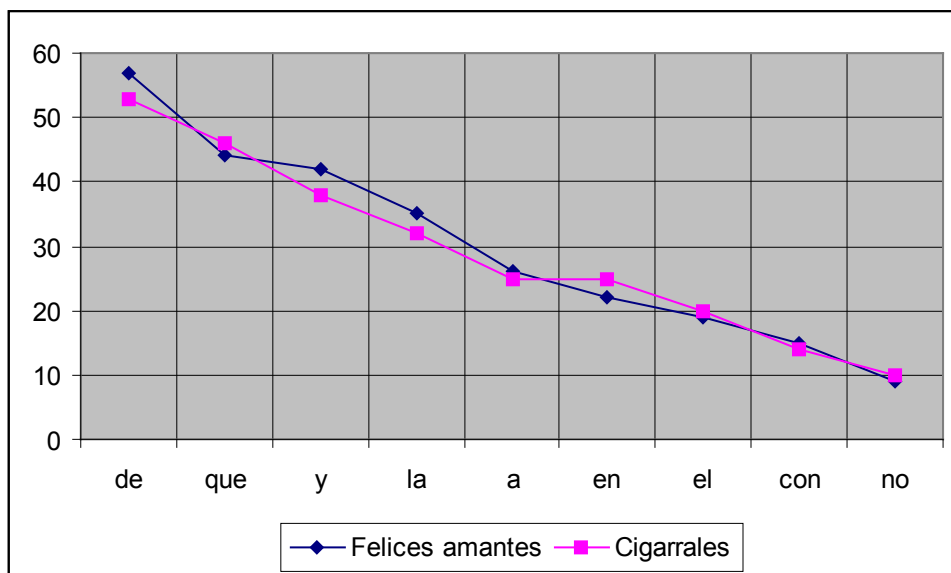
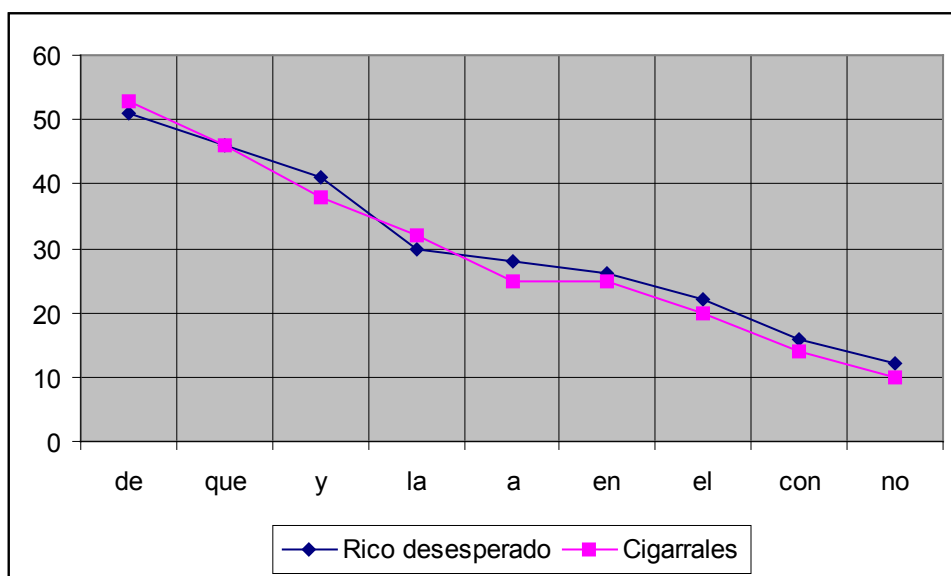
Nótese en el gráfico de abajo que si se eliminan los dos artículos, el dibujo es muy parejo en ambos textos:



Comprobemos ahora el resultado con *Cigarrales* (1621) de Tirso:

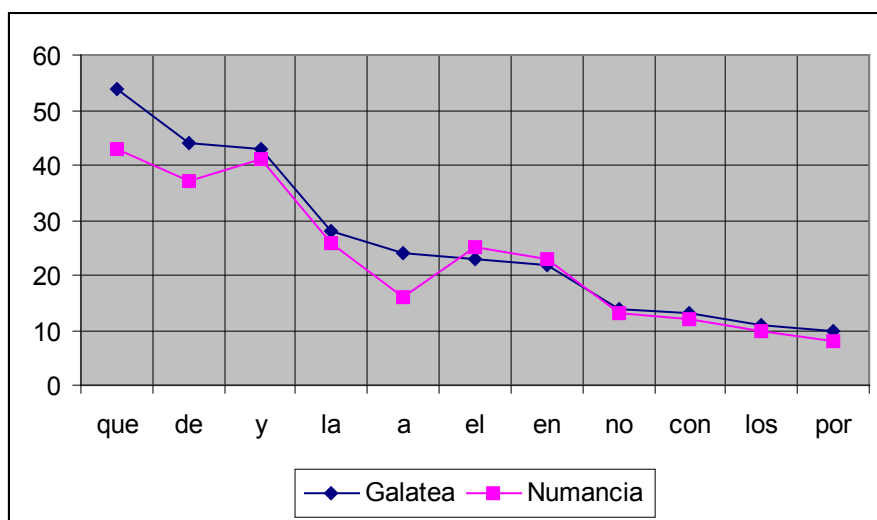


Entre todos los textos vistos hasta ahora, *Cigarrales* es el que más se aproxima a Avellaneda, con un nivel de desviación semejante al que veíamos, por ejemplo, entre *Persiles* y *Galatea*. Más adelante estudiaré los dos cuentos intercalados en Avellaneda, pero ahora me gustaría terminar esta sección con el cotejo de sus índices de frecuencia en relación con *Cigarrales*, ya que refleja, una vez más, la gran proximidad entre los tres textos:



El registro condiciona el índice de frecuencia

A diferencia de las palabras léxicas, las palabras gramaticales de alta frecuencia tienen la ventaja de operar de manera totalmente inconsciente en el cerebro del hablante: aquí no caben ni influencias ni imitaciones. Por contrapartida, su índice de frecuencia suele estar muy condicionado por el tipo de estilo y registro en que una obra está escrita. Ya vimos la consistencia existente entre los textos cervantinos, pero si hacemos la misma operación con *La Numancia* y la *Galatea*, el resultado no puede ser más dispar:



De manera que esta técnica debe complementarse con otras. Por lo visto hasta el momento, Lope y Tirso se destacan por encima del resto de los candidatos estudiados, pero todavía no queda suficientemente claro cuál de los dos está más cerca de Avellaneda. Ciertamente el texto de *Cigarrales* se sitúa muy próximo a la órbita del apócrifo, pero ninguna de las tres novelas de Lope se aleja tampoco tanto como para que se le pueda descartar. Necesitamos más filtros.

Series de palabras con algún rasgo común

Al principio empleé series de secuencias extraídas del Prólogo y el Primer capítulo de Avellaneda a fin de comprobar qué autor en el corpus de CORDE y Google Books alcanzaba mayor número de correspondencias; ahora me centraré, más bien, en las formas enclíticas que aparecen a lo largo de todo el texto de Avellaneda. Empecemos, pues, con una serie de palabras terminadas en *-óle*, *-ólo*, *-óla*, *-óles*, *-ólos* y *-óse*. Incluyo, junto a Lope y Tirso, todo un grupo representativo de candidaturas, desde las Memorias de Pasamonte y el texto de la *Pícara Justina*, hasta el corpus de Quevedo o Castillo Solórzano. He incluido también a Juan Bautista de la Concepción por ser un autor que de manera sistemática consigue en todos los tests llevados a cabo buenos resultados²¹:

21.- Las abreviaturas de los nombres se corresponden con los siguientes autores: Lope (Lope de Vega), Tirso (Tirso de Molina), Con (Juan Bautista de la Concepción), CS (Castillo Solórzano), *Píca* (autor de *Pícara Justina*), Valla (Juan Valla-

	Lope	Tirso	Con	C S	Píca	Valla	Barb	S Fig	Qu	Castro	Al
acallóle	x	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
aseguróle	x	x	0	x	0	0	0	0	0	0	x
atajóle	0	x	0	0	0	0	0	0	x	x	0
comenzóle	x	0	0	x	0	x	0	0	0	0	0
consolóle	0	x	0	x	0	0	0	0	0	0	0
divirtióle	0	0	0	0	0	0	0	x	0	0	0
llevóle	x	x	x	x	0	0	0	0	0	0	0
mandóle	x	x	x	x	x	x	x	x	x	0	0
ofrecióle	0	x	x	x	0	0	0	0	0	0	0
preguntóle	x	x	x	x	0	x	x	0	x	0	0
refirióle	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0	0
riñóle	x	0	0	x	0	0	0	0	0	0	0
tratóle	x	0	0	0	0	0	0	0	x	0	0
13	9	8	4	8	1	3	2	2	2	1	1
erróla	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
falsóla	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
levantóla	0	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0
leyóla	0	x	x	x	0	0	0	0	0	0	0
llamóla	x	0	0	0	0	x	0	0	x	0	x
llevóla	0	x	0	x	0	0	0	0	0	0	0
tiróla	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
rogóla	0	0	0	x	0	0	0	0	0	0	0
8	1	3	2	3	0	1	0	0	1	0	1
cumpliólo	0	x	0	0	x	0	0	0	0	0	0
dejólo	0	0	x	x	0	x	0	0	x	0	x
efectuólo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
estorbólo	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0	0
metiólo	0	0	x	0	0	x	0	0	0	0	0
oyólo	x	0	0	x	x	0	0	0	0	0	x
6	2	2	2	2	1	2	0	0	1	0	2
agradóles	0	0	0	0	0	0	0	x	x	0	0
duróles	0	0	x	x	0	0	0	0	0	0	0
parecióles	0	x	x	x	0	0	x	0	x	0	0
respondióles	0	x	x	0	0	0	x	0	x	0	0
vencióles	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
5	0	2	3	2	0	0	2	1	3	0	0

dares de Valdelomar), Barb (Salas Barbadillo), S Fig (Suárez de Figueroa), Qu (Quevedo), Castro (Guillén de Castro) y Al (Alarcón). El símbolo «x» indica que se ha hallado al menos un caso dentro del corpus del autor en cuestión.

echólos	0	0	x	x	0	0	0	0	0	0	0
llevólos	x	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0
tomólos	x	0	0	0	0	0	0	0	x	x	0
3	2	1	2	1	0	0	0	0	1	1	0
maravillóse	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
levantóse	x	x	x	x	x	x	x	x	x	0	0
armóse	x	0	0	x	0	0	0	0	x	0	0
rióse	x	x	0	x	0	x	0	x	x	0	0
acercóse	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Llegóse	x	x	x	x	x	x	x	x	x	0	x
bajóse	x	0	x	x	0	x	0	0	0	x	0
acabóse	x	x	x	x	x	0	0	0	x	0	0
alborotóse	x	x	0	x	0	0	0	0	0	0	0
holgóse	x	x	0	x	0	0	0	0	0	0	0
hallóse	x	x	x	x	0	x	x	0	x	x	0
sentóse	x	x	x	0	0	0	0	0	x	0	0
apeóse	0	x	x	x	0	x	0	0	0	0	0
metióse	x	x	0	0	0	x	0	0	x	x	0
salióse	x	x	x	x	0	x	x	0	0	0	0
escusóse	0	x	0	x	0	x	0	x	x	0	0
corrióse	x	0	0	x	x	0	0	0	x	0	0
despidióse	x	x	0	x	x	x	x	0	0	0	x
remedióse	0	0	0	0	0	0	0	0	x	0	0
encargóse	0	0	x	x	0	0	0	0	0	0	0
entróse	x	x	x	x	0	x	0	0	x	x	x
publicóse	x	x	0	x	0	0	x	x	0	0	0
resolvióse	x	x	0	x	0	0	0	0	0	0	0
postróse	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0	0
alzóse	x	x	0	x	0	0	0	x	x	x	0
adelantóse	x	x	0	0	0	0	0	x	x	0	0
encolerizóse	0	0	0	x	0	0	0	0	0	0	0
comenzóse	x	x	0	x	x	0	x	x	x	0	0
regocijóse	0	x	x	0	0	0	0	0	0	0	0
acordóse	x	0	x	x	0	0	x	x	x	0	0
enfadóse	x	x	x	x	0	0	0	0	x	0	x
leyóse	0	0	0	x	0	x	0	0	0	0	0
quitóse	x	0	x	x	0	x	0	x	x	0	x
33	25	23	14	25	13	13	8	9	18	5	5

Hay un total de 68 palabras. Pongo debajo el número de coincidencias y el porcentaje:

C S	Lope	Tirso	Con	Qu	Valla	<i>Pícaro</i>	Barb	S Fig	Al	Castro
41	39	39	27	26	19	15	12	12	9	7
60%	57%	57%	39%	38%	27%	22%	17%	17%	13%	10%

El resultado vuelve a ser muy favorable para Tirso y Lope y apenas significativo para el resto de candidatos, con la única gran excepción de Castillo Solórzano, que obtiene los mejores números. En contra de la candidatura de Castillo pesa el índice de frecuencia de palabras más comunes que se observa en todos sus relatos, pues mientras que entre sí guardan una clara semejanza, no hay uno solo que se acerque significativamente a los dos cuentos intercalados de Avellaneda. En principio, pues, debemos centrar nuestra atención en Lope y Tirso y no tanto en Castillo Solórzano, aunque el volumen de equivalencias verbales ponga de manifiesto que tanto Castillo como Avellaneda pertenecen a un mismo círculo literario.

Los cuentos intercalados: «El rico desesperado»

La inclusión de cuentos no relacionados con la trama principal del relato tiene una larga tradición en literatura, aunque Avellaneda en sus dos historias intercaladas lo que hace es seguir el ejemplo puesto de moda por Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache* y por Cervantes en el *Quijote*. La situación en todos los casos es parecida. Aprovechando la monotonía del viaje, un alto en el camino o cualquier otra circunstancia de este tenor, un personaje cuenta una historia con el fin de entretener a sus compañeros. En el *Quijote* apócrifo los viajeros se sientan a la sombra de unos árboles para protegerse del calor canicular y, mientras esperan a que baje el sol, el soldado Bracamonte y el ermitaño relatan respectivamente la historia de «El rico desesperado» y «Los felices amantes». La disposición de ambas historias, tal como se ha dicho en otros sitios, está en deuda con la *novella* italiana y, más aún, con algunas de las novelas cervantinas, salvo que la ejemplaridad de los cuentos de Avellaneda es mucho más palpable, como lo prueba la misma fuente empleada. Menéndez Pelayo sugirió que «El rico desesperado» se inspiraba en un cuento de Bandello²² y así se ha venido repitiendo hasta hoy. Pero sin negar tal conexión, debo aclarar que el motivo principal se saca, como en el caso de «Los felices amantes», de *El diálogo de los milagros* de Cesáreo de Heisterbach. Así, entre los varios ejemplos que el monje cisterciense utiliza para ilustrar el asunto de la conversión se encuentra el desastrado caso del novicio León, quien tras salirse del convento a instancias de sus dos hermanos termina loco y muere sin confesión²³. Ciertamente que la apostasía del novicio recibe un castigo diferen-

22.- «El cuento feroz y repugnante de «El rico desesperado» procede, si no me equivoco, de la novela 24 (parte segunda) de las de Mateo Bandello, aunque en los pormenores y sobre todo al final hay gran divergencia. Bandello, a su vez, la habría tomado de la novela 23 de la reina de Navarra, a quien cita», *Estudios de crítica literaria*, Cuarta serie, Tipografía de la «Revista de Archivos», Madrid, 1907, p. 74.»

23.- «De miserabili morte Leonii novicii apostatantis», XIV en *Caesari Heisterbacensis... Dialogus miraculorum*, Bruselas, 1851, p. 20.

te en el cuento de Avellaneda, pero las circunstancias que lo llevan a apostatar, así como la admonición del abad al abandonar el convento, son idénticos en ambos casos. En otro ejemplo procedente de la obra de Cesáreo se cuenta la historia de una monja que, tras ser seducida y abandonada por un diácono, cae postrada en un estado de melancolía y termina por suicidarse tirándose a un pozo, lo cual inevitablemente nos recuerda el terrible final que tienen el rico desesperado y su esposa, aunque los pormenores de su tragedia se asemejen al cuento de Bandello citado por Menéndez Pelayo. Debe notarse, en todo caso, que en la obra italiana el inicuo seductor que penetra en la alcoba de la parturienta haciéndose pasar por el marido es un clérigo, mientras que en Avellaneda ha pasado a ser un soldado español destacado en Flandes. La moraleja es también distinta: Bandello quiere advertirnos sobre los estragos de la concupiscencia; Avellaneda, como el monje cisterciense, nos avisa, más bien, de las consecuencias terribles de la apostasía, además de cuestionar el epicureísmo materialista del rico Japelín, quien parece haber puesto el sumo bien solamente en su felicidad conyugal. Podría añadirse otra nota distintiva. El suicidio de Japelín y su esposa trae aparejada la condena eterna y, con ello, el tema de la predestinación, que quedará aún más patente en la historia de «Los felices amantes», quienes pese a pecar mucho más que el matrimonio flamenco, no sólo alcanzan la salvación, sino que mueren en olor de santidad. ¿Por qué un castigo tan severo en el primer caso y un premio tan extraordinario en el segundo? El dilema teológico que aquí se plantea, tanto como la fuente de las dos historias, deja entrever la mano de un religioso, aunque de ser así, Lope podría reunir tantos méritos como Tirso; y más aún, si cabe, pues además de sacerdote y de estar empapado de literatura religiosa por los años en que se publica el *Quijote* apócrifo, tiene escrita *La buena guarda*, comedia que, al igual que «Los felices amantes», se inspira en el *exemplum* de Cesáreo de Heisterbach sobre aquella monja que tras huir del convento con su seductor y llevar una vida disipada, descubre al cabo de los años que la virgen la ha reemplazado en su puesto sin que nadie haya notado jamás su ausencia. Veremos todo esto después; ahora permítaseme analizar más detenidamente el tejido verbal de «El rico desesperado».

Análisis lingüístico de «El rico desesperado»

Una primera selección de frases y secuencias verbales entresacadas del cuento confirma la proximidad de Lope y Tirso, sin que podamos determinar tajantemente quién de ellos es el autor, aunque varios paralelismos parecen inclinar la balanza a favor del mercenario. Daré unos cuantos ejemplos. Al enterarse por un criado de que la mujer de Japelín duerme sola, el soldado español concibe la «resolución diabólica» de entrar a hurtadillas en su aposento y seducirla:

Fuese con esto, dejando sus últimas razones con más confusión al amartelado español, porque del entender dormía la dama sola y tan vecina dél y del verse, contra el orden de Japelín, sin compañía en el aposento, nació la resolución diabólica que tomó en ofensa de Dios, infidelidad de su nación y en agravio del honrado hospedaje que le había hecho su noble huésped, que a todo le precipitó el vehemente fuego y rabiosa concupiscencia en que se abrasaba. Resolvióse, pues,

en levantarse de su cama, de ir a la de la dama sin ser sentido, persuadido de que ella, por su honra y por no dar pesadumbre a su marido ni alborotar la casa, callaría, y aun podría ser que se le aficionase de manera que, yéndose su marido, le diese libre entrada y le regalase.

La serie formada por la frase adverbial «contra el orden de» y un sintagma nominal como «noble huésped» discrimina *Cigarrales* y el cuento de «El rico desesperado» entre todos los documentos existentes en CORDE, pero mucho más significativos —al menos desde un prisma tradicional— resultan los paralelismos que pongo debajo:

«El rico desesperado»	<i>Cigarrales</i>
Fuese con esto, dejando sus últimas razones con más confusión al amartelado español	Fuese con esto, dejándole muy confuso
por no dar pesadumbre a su marido ni alborotar la casa callaría	Al llegar a la cama me vio reclinado sobre ella, dando con el repentino susto un grito bastante a alborotar la casa , si el sueño de su madre y criadas no estuviera tan en los principios

Como en la serie vista arriba, <Fuese con esto y alborotar la casa> no depara ni en Google ni en CORDE otros documentos que *Cigarrales* y el *Quijote* apócrifo, pero es que, además, cada una de estas dos secuencias aparece en contextos muy semejantes. En el primer caso, «Fuese con esto» se complementa con una frase muy parecida («dejando... con confusión» / «dejándole muy confuso»), mientras que «alborotar la casa» se inserta en un pasaje de *Cigarrales* en el cual un caballero también ha penetrado por la noche en el aposento de una dama y teme que con los gritos vaya a «alborotar la casa». Tirso gustaba de estas escenas. Así empieza famosamente *El Burlador de Sevilla* y con algunas variantes así es, también, el inicio de la comedia *Desde Toledo a Madrid*, en donde se lee, por cierto, el mismo sintagma en un mismo contexto:

Si el huésped viene y me ve
aquí, ¿cómo prevendré
¡cielos! las primeras voces
que han de alborotar la casa...

Tampoco parece haber casualidad en este otro grupo de paralelismos entre el corpus tirsiano y el final de «El rico desesperado». La mujer de Japelín, en un estado de creciente histerismo tras caer en la cuenta del infame engaño perpetrado por el soldado la noche anterior, exclama:

—¡Oh, traidora, perversa y adúltera de mí! ¿Con qué ojos osaré mirar a mi noble y querido esposo?...¿Y con qué cara osaré parecer delante de mi querido Japelín...?

La duquesa Isabela del *Burlador*, engañada por don Juan en parecidas circunstancias, expresa su vergüenza ante la eventualidad de encontrarse con el rey con una exclamación idéntica:

¡Con qué ojos veré al Rey! (*Burlador de Sevilla* I)

Otro paralelismo semejante se encuentra en *La venganza de Tamar* cuando Amón se presenta delante del rey David tras la violación de su hermana:

¿Su cara osaré mirar sin vergüenza ni temor? (*La venganza de Tamar* III, 5)

Y todavía podría añadirse esta otra coincidencia:

¡Con qué cara podré yo a mi patria restaurado ir? (*El honroso atrevimiento*, II, 4)

Ciertamente en este último caso se puede rastrear un paralelismo aun más cercano en *Las Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita («¿Con qué cara osarás parecer ante ella?»²⁴), aunque lo importante es la acumulación de equivalencias verbales en un mismo párrafo, lo cual suele ser, por lo general, señal inequívoca de una estrecha contigüidad textual; y más si en el párrafo siguiente nos encontramos con un mismo índice de recurrencia verbal:

Con razón, dulce esposo mío, podrás quejarte...

Dulce esposo mío, que entre copos puros... (*El colmenero divino*, 449-50)

Con razón, dulce esposo mío, podrás quejarte de mí de aquí adelante

aunque desde agora podré quejarme de vos! (*Quien calla otorga* II, 7)

La fe grande que siempre he profesado guardarte

La amistad antigua que los dos hemos profesado (*La lealtad contra la envidia* II, 13)

Pero ya justamente, pues he desdicho de mi fidelidad

Desdicho has de tu cordura (*Ventura te dé Dios, hijo* III, 2)

cuanto sabe el Cielo, seré aborrecible a tus ojos

Bien sabe el Cielo que estoy libre... (*La romera de Santiago* III, 19)

desabrida a tu gusto, enojosa a tu voluntad

Subordinada a tu gusto y obediente a tus preceptos (*Los balcones de Madrid* III)

Pero no es bien guarde que tú vengas a vengarte

que no es bien que en ella viva quien en fe... (*Tanto es lo demás...*, II, 6)

esmaltando sus honestas mejillas con un diluvio de menudo aljófara

Aunque lloréis un diluvio (*Vergonzoso en palacio*, I, 4)

cuando llorando amaneces cada aljófara un diamante (*Las quinas de Portugal* III, 7)

Aljófara por *lágrima* parece una metáfora gastada en la poesía de la época y desde luego Lope la emplea más de una vez²⁵. Tampoco parecen especialmente distintivos los demás paralelismos aquí expuestos, aunque es evidente que reflejan una cercanía verbal con el corpus tirsiano que no puede soslayarse. Con todo, creo que para asegurarnos de la autoría de Tirso —o cuando menos de su directa participación en la redacción de «El rico desesperado»— debemos hacer un recuento más sistemático con series de palabras gramaticales o unidades verbales marcadas por algún rasgo gramatical común.

24.— Juan de la Cuesta, *Guerras civiles de Granada*, ed. Shasta M. Bryant, Newark, Delaware, 1982, p. 90.

25.— «Si las estrellas de la tierra beben el humor de las aguas que reciben, por vuestro llanto queda manifiesto; pues hoy las vuestras el aljófara llueven...», *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia, 1975, p. 156.

Formas verbales terminadas en –óse

Empezaré, pues, con una serie de formas enclíticas de pretérito terminadas en –óse, a fin de ver qué obra dentro de CORDE alcanza mayor número de coincidencias. La lista incluye 15 palabras:

Maravillóse	Resolvióse	*Rióse
Apeóse	Levantóse	Salióse
Sentóse	metióse	Llegóse
Acabóse	*resolvióse	Prometióselo
Despidióse	rióse	pidióse

Debo aclarar que he conservado las palabras con mayúscula o minúscula según aparecen en la edición electrónica que manejo, a fin de dar valor significativo a la posición inicial que tienen muchas de ellas dentro de la oración. Los resultados son los siguientes:

<i>Cigarrales</i>	8/15	53%	Apeóse Sentóse Acabóse Despidióse Levantóse Resolvióse Salióse Prometióselo
<i>Jornadas alegres</i>	7/15	47%	Apeóse Acabóse Despidióse Levantóse resolvióse Rióse Llegóse
<i>Lisardo enamorado</i>	4/15	21%	Apeóse Acabóse Despidióse Llegóse
<i>Arcadia</i>	4/15	21%	Sentóse Acabóse Levantóse Rióse
<i>Bandolero</i>	4/15	21%	Apeóse Acabóse Levantóse Llegóse

Más favorable aún a Tirso es este otro cotejo con formas enclíticas de gerundio terminadas en –os:

teniéndooos	<i>Bandolero</i>
dejándooos	<i>Todo es dar en una cosa, Cigarrales, Los balcones de Madrid</i>
volviéndooos	<i>Todo es dar en una cosa</i>

Aquí ya no aparecen ni obras de Lope ni de Castillo Solórzano; solamente de Tirso. Y la serie <dejándooos y volviéndooos> no se rastrea en un solo documento de CORDE salvo en la comedia tirsiana *Todo es dar en una cosa*.

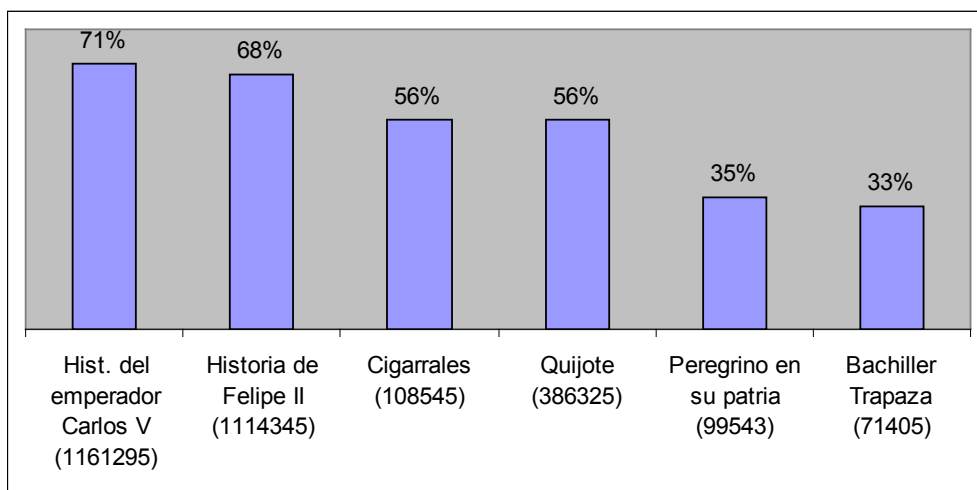
Frases lexicalizadas

La singularidad del repertorio verbal se manifiesta precisamente en este tipo de series con palabras funcionales o expresiones lexicalizadas. En una lista de 57 conectores gramaticales, frases adverbiales y sintagmas complementarios del tipo de «con mucho gusto», «contra el orden de» o «en resolución» confeccionada a partir de «El rico desesperado» (véase Apéndice III), el texto de *Cigarrales* vuelve a reunir el mayor número

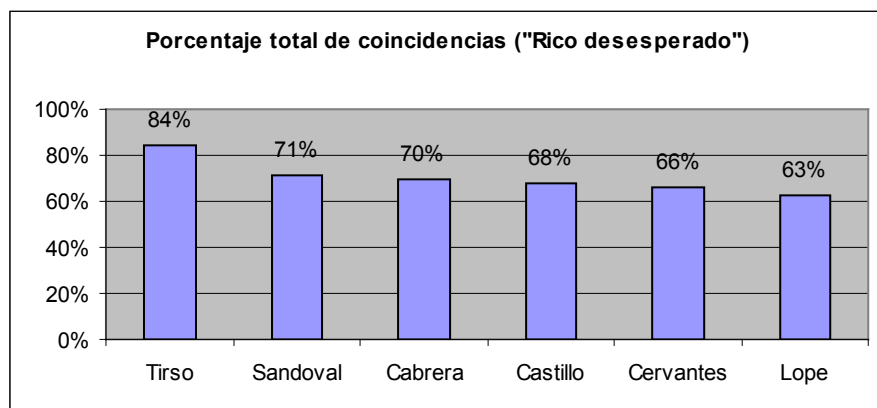
de coincidencias en comparación con las novelas de Lope, Castillo Solórzano o el mismo *Quijote*, siendo solamente superado por las historias de Sandoval y Cabrera de Córdoba, obras que casi decuplican en volumen la novela del mercedario:

<i>Cigarrales</i>	32	56%
<i>Quijote (I y II)</i>	32	56%
<i>Peregrino en su patria</i>	20	35%
<i>Bachiller Trapaza</i>	19	33%

<i>Historia Emp. Carlos V</i>	41	71%
<i>Historia Felipe II</i>	39	68%



La cercanía textual de «El rico desesperado» en relación con Tirso es aun mayor si en lugar de cotejar textos por separado lo hacemos con la totalidad del corpus que estos autores tienen en CORDE (v. Apéndice III). Tirso de esta manera logra un 84% de coincidencias por sólo 63% de Lope, mientras que Castillo Solórzano y Miguel de Cervantes no obtienen resultados mucho mejores:



A la vista de todo esto, no parece casual que la frase nominal «engañado mancebo» proveniente del cuento «El rico desesperado» tenga solamente otros dos casos en CORDE y que los dos pertenezcan al corpus de Tirso²⁶; o que una serie del tipo de <En resolución y contra el orden de> no aparezca más que en *Cigarrales* y *El Bandolero*, además de Avellaneda. O que una simple oración del cuento que estamos estudiando presente todo un haz de correspondencias verbales con el corpus tirsiano:

Rico desesperado	Tirso
No tardó Japelín a ponerse a caballo y dar la vuelta para su casa más de lo que tardó en leer la deseada carta	No tardó don Berenguel de venir a darle gracias por el feliz despacho (<i>Deleitar aprovechando</i>)
	No tardó Roberto en referir al gobernador, y éste al conde, cuanto el artificioso preso le había dicho (<i>Deleitar aprovechando</i>)
	aunque la tormenta que padecemos no duró más que lo que tardó en despertar el alba (<i>Cigarrales</i>)

Si a ello sumamos la fuerte ejemplaridad de la historia y la presencia de temas como la apostasía, la conversión religiosa, o la predestinación, habrá que convenir que el mercedario se postula como el más firme candidato. El estudio detallado de «Los felices amantes» puede que nos sirva para confirmarlo.

El caso de los felices amantes

El núcleo argumental de «Los felices amantes», como es bien sabido, se basa en la leyenda de la monja Beatriz recogida en el *Diálogo de los milagros* de Cesáreo de Heisterbach²⁷ y recreada luego en otras versiones, desde la conservada en una cantiga de Alfonso el Sabio hasta la muy posterior y conocida versión de Zorrilla, *Margarita la Tornera*. Lope de Vega en 1610 escribe *La buena guarda*, comedia inspirada en el mismo asunto, lo cual viene a corroborar una cercanía evidente con Avellaneda. Su versión dramática, sin embargo, es muy distinta. En Lope la huida de la monja queda reducida a unos cuantos días de pasión culpable y, desde el abandono del amante hasta su regreso al convento, la vida de la arrepentida hermana transcurre apaciblemente entre campesinos y pastores. Avellaneda, por el contrario, detalla su progresiva degradación, además de otorgarle al depravado amante un protagonismo casi paralelo dentro de la historia. Tales divergencias apuntarían a dos versiones sin ninguna relación entre sí, salvo por una notable coinciden-

26.- «...Y el engañado mancebo se fue derecho a la celda del prior» (Avellaneda); «Agradecióle tan provechosas diligencias el engañado mancebo, con palabras, abrazos y promesas, rogándola apresurase el vernos, como estaba concertado» (*Cigarrales*, 386); «Murió el intruso rey de un presuroso accidente mortal, Alfonso digo, engañado mancebo, no ambicioso» (*Todo es dar en una cosa*). Debo añadir que Lope tiene también el sintagma nominal en una de sus comedias:

27.- En el falso *Quijote* uno de los personajes que ha estado escuchando la historia alega como posible fuente la versión hecha por Juan Herolt para el tomo de sus sermones, pero como ya dejó indicado Martín de Riquer, todo hace pensar que Avellaneda sigue el texto original del monje Cesáreo.

cia, y es que en ambas la monja apóstata es la abadesa del convento, coincidencia que no puede ser casual, como no lo es seguramente ni la elección del tema ni su tratamiento novelístico. Avellaneda añade por su cuenta un elemento enteramente nuevo en la leyenda: los futuros amantes se han criado juntos desde niños. El motivo nos remite de inmediato a la fábula de Píramo y Tisbe, muy del gusto de los poetas del Siglo de Oro. Antonio de Villegas y Luis de Góngora tienen quizá los poemas más conocidos sobre el asunto, pero en nuestro caso debemos pensar en la versión que Tirso de Molina inserta en la novela de *El bandolero*. Aquí, al igual que en los cuentos intercalados del *Quijote* de Avellaneda, la fábula se recita como forma de entretenimiento para romper la monotonía del viaje, aunque el poema en sí resulta parte integral de la narración, ya que no hace sino ilustrar la incestuosa atracción que desde la infancia Pedro Guillén, el protagonista de la historia, siente por Saurina. Con un claro propósito moralizador, Tirso ha tejido en torno a la vida de Pedro Armengol, santo mercedario del siglo XIII, una trama totalmente novelada, que se ajusta muy bien a la promesa hecha al principio de la colección de novelar «a lo santo» y fabricar, «entre lo marañoso y entretejido de lo raro de sus vidas», un texto (o «panal», como él dice) «que lisonjeando el apetito enfermo, (comunique) confitado lo medicinal de sus ejemplos», objetivo no muy diferente de lo que pretende Avellaneda al novelar los sacrílegos amores de los felices amantes. Las dos narraciones *quimerizan* en pos de un fin edificante, por mucho que el estilo difiera.

Ahora bien: el estilo de un autor, como ya hemos visto, puede experimentar modificaciones radicales. Si las *Soledades* de Góngora apenas se parecen a sus letrillas y romances, menos aún se parece la rebuscada prosa de *Deleitar aprovechando* respecto al lenguaje desenfadado y procaz con que se expresan los graciosos en las comedias de Tirso. En la atribución textual cuenta, mucho más que el estilo, la coincidencia de expresiones fijas o secuencias verbales idénticas dentro de un mismo contexto.

Algunas coincidencias verbales: «la vecindad de las casas»

Así, por ejemplo, al principio de «Los felices amantes» leemos que la priora doña Luisa y don Gregorio se habían criado juntos desde niños por «la vecindad de las casas de sus padres»; Tirso en el poema sobre Píramo y Tisbe emplea el mismo sintagma para explicar cómo se inició la fatal atracción de los dos jóvenes:

La vecindad de sus casas,
divisas de un solo muro,
hizo el peligro seguro,
que paró en fúnebres brasas...

Tal como habían hecho otros muchos poetas antes, Tirso amplifica muy libremente el texto de Ovidio²⁸, pero sólo él traduce la frase latina «contiguas tenuere domos» como «la vecindad de sus casas». El sintagma vuelve a reaparecer con alguna variante algunas páginas después: «La vecindad de las (casas) de Saurina y Laurisana...». Y la misma secuencia se encuentra en *Los balcones de Madrid*:

28.- Ovidio, *Metamorfosis* (IV, 55-166): «contiguas tenuere domos notitiam primosque gradus vicinia fecit, tempore crevit amor...»

El alma a don Pedro aplica
que, pues me caso y te casas,
la vecindad de las casas
mis bodas te comunica.

La recurrencia de una frase poco común dentro de un contexto similar no suele brotar de manera casual: si ello ocurre, debemos pensar en un préstamo o en un mismo origen. Otra cosa es, sin embargo, la mera coincidencia temática. Ciertamente la fábula de Píramo y Tisbe sirve de modelo tanto a Avellaneda como a Tirso, pero también a Cervantes cuando describe los amores entre Basilio y Quiteria en los capítulos dedicados a las Bodas de Camacho:

(Basilio)... tenía su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo a su deseo con mil honestos favores...

Cervantes juega con los ingredientes de la fábula (amor prohibido, sangre que no es sangre, aparente suicidio), pero el desenlace que le da a la historia es feliz, pues el astuto Basilio, mediante su ingenio, consigue engañar a todos y casarse con Quiteria. Avellaneda toma la fábula asimismo como punto de partida, pero la funde enseguida con la leyenda de la monja tornera. El final resulta igualmente feliz, aunque aquí estamos ante una felicidad beatífica, a la que se llega tras un largo y tortuoso camino de perfección. El fin ejemplar que se propone Avellaneda no parece dar cabida al amor profano: Japelín y su esposa mueren desesperados por no trascender su amor terrenal; los felices amantes alcanzan la bienaventuranza eterna precisamente cuando renuncian al mundo y se dedican por entero a servir a Dios. Este esquema narrativo propio de la hagiografía se repite de un modo de otro en las tres novelas escritas por Tirso en *Deleitar aprovechando*, así como en algunas de sus comedias de santos, en las cuales no suele faltar, por cierto, la intervención de la Virgen²⁹ o cualquier otra situación sobrenatural.

El lenguaje religioso

Las coincidencias temáticas o el empleo de unos mismos motivos religiosos o literarios apenas sirven en un estudio de atribución, pero sí valen, por lo menos, para orientarse. Avellaneda en sus cuentos está literaria e ideológicamente muy cerca de Lope y de Tirso y mucho menos de Cervantes, por más que lo imite. También lo está de la prosa religiosa del momento. Solamente en el primer párrafo de «Los felices amantes» detecto dos correspondencias verbales con los escritos de Juan Bautista de la Concepción:

29.- Pienso, por ejemplo, en *Los lagos de San Vicente* o en *La Peña de Francia*.

29 bis.- La secuencia «creciendo de virtud en virtud» tiene otros dos casos en CORDE y los dos están escritos por hombres de Iglesia. En Fray Toribio de Benavente (Motolinía) leemos «después que cantó Misa fué siempre **creciendo de virtud en virtud**» (*Historia de los Indios de la Nueva España*); y en Fray Alonso de Cabrera: «aspirando á las cosas altas, **creciendo de virtud en virtud**, hasta ver a Dios» (*De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*).

Avellaneda	<i>Exhortaciones a la perseverancia</i>
Llamábase doña Luisa, la cual, yendo cada día creciendo de virtud en virtud...	y a aquellos de quien dice David que en su corazón ponen mil subidas creciendo de virtud en virtud... ^{29 bis}
... en el cual cargo procedió con tanto ejemplo y discreción , que cuantos la conocían	Así procedió con notable discreción , de suerte que, si el sujeto fue flaco...

Pero hay muchas más. Un cotejo algo sistemático entre el corpus de Concepción y el cuento de Avellaneda depara esta copiosa lista de equivalencias:

la puerta principal de la iglesia la puerta de la iglesia cuerpo de la iglesia como canta la Iglesia	mayores veras con cuántas veras	Perseveró en Respondióle con Es infalible que Hecha esta diligencia
por el camino fragoso por el camino carretero	su inconsideración sin consideración cuya consideración	os apiadáis de mí hay que espantarse no se espante no hay remedio dio orden de vino a perder se salió a salió de la celda he dicho muchas veces que estoy aparejado para para que vamos que había profesado que le fue posible como queda dicho
Madre de Dios ofensa de Dios permisión de Dios nuestro Dios y Señor ' nuestro buen Dios dejad(a) de la mano de Dios Por las entrañas de Dios os ruego	ternura interior secreto juicio harta necesidad estraño sentimiento	
hacer el alma siento en el alma	negar sino que en entrando dentro para hurtar... el cuerpo dar muestras de habiendo de pasar volviendo las espaldas como dice san Agustín	
su divina Majestad divina misericordia	de lo que por acá dentro de breve rato	
a la sacristía áspero cilicio... de cerdas sayal basto	autor y maestro	

Ni por un momento sugiero, como es natural, que Concepción, escritor místico beatificado en el siglo XIX, tenga la menor participación en «Los felices amantes» o en el resto del falso *Quijote*. El sentido común —además del recuento con palabras más frecuentes que llevé a cabo anteriormente— lo descartan sin más; pero, a su vez, las muchas correspondencias y paralelismos observados dejan claro que Avellaneda y Concepción habitan en un mismo entorno lingüístico. Nos consta que Lope lo conocía, llegándole a llamar «el

más bello genio de España»³⁰, y no sería ni mucho menos extraño que Fray Gabriel Téllez, futuro historiador de los mercedarios, leyera con interés la *Memoria de los orígenes en la descalcez trinitaria* dejada en manuscrito por el beato. Así se explicarían, por ejemplo, coincidencias como la frase «no lo sepa ni entienda», que aparece nada más que en tres textos dentro del corpus de CORDE o Google Books:

Avellaneda «Los felices amantes»	Concepción <i>Memoria de los orígenes</i>	Tirso de Molina <i>El pretendiente al revés</i>
yo me encargo en dar orden como vuestro marido no lo sepa ni entienda	tiene probado sus intentos, aunque él no lo sepa ni entienda .	Por más que el Duque se ofenda Que no lo sepa ni entienda

Otras equivalencias con el corpus tirsiano

No sabemos muy bien qué mecanismos operan en la memoria en relación con la lengua, pero sí parece claro que todos nosotros absorbemos constantemente palabras y frases oídas y leídas en nuestro entorno y que luego, llegado el caso, las reproducimos en tal o cual situación de manera más o menos inconsciente. Avellaneda, como vemos, está imbuido de la prosa religiosa de escritores como Concepción, a la vez que demuestra una gran familiaridad con la literatura profana, ya sea por el empleo que hace de Bandello en «El rico desesperado» o la fábula de Píramo y Tisbe al principio de «Los felices amantes». A este respecto mencioné antes la secuencia «la vecindad de las casas», que unía, a modo de eslabón, el texto de Avellaneda con la novela de «El bandolero» de Tirso; pero hay otras. La priora doña Luisa justifica la confianza que se ha tomado con don Gregorio al encargarle un pedido por ser «tan señor mío casi desde la cuna». La expresión «desde la cuna» es ciertamente muy común, pero Tirso en «El bandolero» la emplea hasta en cuatro ocasiones para referirse a los amores de Pedro y Saurina y en una de ellas menciona la dificultad en arrancar un amor «avecindado desde la cuna»:

Con más rigor en Saurina triunfaban las tristezas, porque como arrancar repentinamente un afecto **desde la cuna** es tan difícil, y de improviso la transformaron de amante en hermana aquellas nuevas... sintió lo mismo que quien pasa instantáneamente desde un incendio a un monte nevado.

Más adelante, ya en pleno arrebató pasional, la priora «estaba tan perdida por el mozo y tan otra de lo que solía, y era tan frecuentadora de billetes y ternuras, que hasta el mismo don Gregorio se espantaba de verla tal». Tirso, en otra de las novelas incluidas en *Deleitar aprovechando*, expresa en parecidos términos los efectos perturbadores de la pasión amorosa:

Vivía, en efeto, Fausto **tan** fuera del concierto y prudencia **que solía**, y aun de sí mismo, **que** le juzgaban los que le conocieron totalmente dementado. («Los triunfos de la verdad», DA 323)

30.– Plinio María Solimeo, «Vidas de Santos: San Juan Bautista de la Concepción» (<http://fatima.org.pe/seccion-verarticulo-335.html>; consulta hecha en 12.2.08)

Y puede complementarse con este otro paralelismo entresacado de una de sus comedias:

¡Vi a Vitoria **tan perdida,**
tan amante...
que sus propósitos vanos
 mi envidia desbarató» (*Amor y celos hacen discretos* II)

Ya fuera del convento, en ropas seculares y poco antes de huir a caballo con don Gregorio, la priora se deja abrazar por su galán, quien en la oscuridad de la noche aprovecha para hacer «desenvolturas que el recelo de no ser vistos le consintió». Tirso en «El Bandolero» emplea hasta cuatro veces la frase «el recelo de», y en un caso, al menos, dentro de un contexto semejante:

Apartábase de él de mala gana la novel amante, y repetía a su presencia los mismos pasos que la retiraban de ella, hasta **que el recelo de su recato** la obligó a ausentarse.

Admito que este ejemplo y los anteriores solamente sirven para ubicar a Avellaneda dentro de un grupo de escritores afines y en ningún caso como prueba —y ni siquiera indicio— de autoría. Cualquier lectura atenta entre textos pertenecientes a un mismo género deja patente un entramado de expresiones y fórmulas comunes, sin contar con que los escritores se leen entre sí e inconscientemente se impregnan de unos mismos usos verbales³¹. Con todo, no me resisto a traer unas cuantas correspondencias más entre Tirso y el cuento de «Los felices amantes». Avellaneda describe de esta manera las causas que llevaron a la priora a enamorarse perdidamente de don Gregorio:

... las lágrimas que en su presencia y por su amor había derramado, la afición grande que le mostraba tener y el peligro de la vida con que a su parecer iba si no le hacía algún favor. Y el ser él tan principal y gentil hombre, y conocido suyo desde niño, ayudó a que el demonio (que lo que a las mujeres se dice una vez, se lo dice a solas él diez) tuviese bastante leña con ello para encender, como encendió, el lascivo fuego con que comenzó a abrasarse el casto corazón de la descuidada priora.

Sólo en el primer renglón observamos este paralelismo con un pasaje de «El bandolero» en el cual se da cuenta de un mismo sentimiento amoroso:

Lágrimas ha derramado en mi presencia que descifrándola mi curiosidad pasan más allá de compasivas

La frase se antoja común, como lo es, sin duda, comparar la pasión amorosa con un incendio, pero no lo es tanto la coincidencia en el vocabulario empleado:

31.— Baste un solo caso. La priora, muy poco antes de abandonar el convento para huir con su galán, hace «una profunda reverencia a la imagen» de la Virgen. En la «Ilustre fregona» Cervantes escribe: «Cuando salió de la sala se persiguió y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora». Otras coincidencias con la novelita cervantina, como «un gran manojito de llaves» y «nos diere gusto», vienen a confirmar que Avellaneda había leído *Las novelas ejemplares* con el mismo esmero que Tirso de Molina, Castillo Solórzano o el propio Lope de Vega.

«Los felices amantes»	Tirso
ayudó a que el demonio ... tuviese bastante leña con ello para encender, como encendió, el lascivo fuego con que comenzó a abrasarse el casto corazón de la descuidada priora	pues, añadiendo leña a sus recientes llamas, le perpetuó un incendio doméstico que, con un mismo efecto, le deleitaba y consumía (DA 55) ... ni yo tengo de cebar con mi asistencia el lascivo fuego que le abrasa (DA, 292)

La secuencia «el lascivo fuego», acompañada del verbo «abrasar», no tiene otro equivalente en CORDE o Google Books. Una correspondencia aún más rara aparece en plena disolución moral de la priora, cuando por necesidad, «que es poderoso tiro para derribar las flacas almenas **de la mujeril vergüenza**», se ve obligada a tomar un doblón que le ofrecen. Tirso en *El vergonzoso en palacio* escribe:

Aunque el recato
de la **mujeril vergüenza**
cerrarme intente los labios,
digo, señor, que ya estoy
casada.

Dentro del corpus de CORDE el sintagma «mujeril vergüenza» aparece solamente en otro escritor religioso, Fray Jerónimo de Mendieta. Concedo que otros más pudieran haberla empleado, pero no quiero dejar de advertir que en el mismo párrafo se encuentra la rarísima secuencia «no lo sepa ni entienda», vista ya antes y documentada exclusivamente en Tirso y Concepción.

Los comentarios de los serranos en «El bandolero»

En varias ocasiones durante la narración de «Los felices amantes», y sobre todo al final, don Quijote y Sancho, lo mismo que sus acompañantes, comentan sus impresiones en torno a la historia que escuchan. Sancho, como no puede ser de otra manera, tiene la interpretación más rústica de lo acontecido. Escojo este pasaje entre otros para ilustrarlo:

Y, llegándoseles cerca, dijo: «Por la vida de Matusalén juro que, aunque murió muy buena muerte aquel don Gregorio, con todo, por el camino he venido pensando en cuán mal lo hizo en dejar a la pobre doña Luisa en Badajoz sola y en las manos de aquellos fariseos que tan enamorados andaban della, con que le dio ocasión de ser peor de lo que era ya».

La perífrasis con verbo *dicendi* del principio tiene una correspondencia casi exacta con una de «El bandolero»³², pero lo más interesante aquí no está en señalar tal o cual coincidencia, sino comprobar hasta qué punto el comentario de Sancho se asemeja a los que hacen los serranos que acompañan a Pedro y Saurina al término de la recitación de la Fábula de Píramo y Tisbe. Obsérvese esta primera opinión de uno de ellos:

32.- «... le dijo, llegándosele cerca»

... siendo mi rudeza tan incapaz de lo sutil de la poesía, he alcanzado el sentido de la referida fábula, satisfaciéndome la claridad de sus versos del infelice remate que dieron a sus esperanzas estos dos amantes mentecatos. Verdad sea que algunas cláusulas tocantes a historias que no he leído se me pasaron por alto. Y perdónese me el título que he dado a sus asuntos de mentecatos, que no me queda escrúpulo obligatorio a restituirles la honra. Porque si el tal Píramo vivía pared en medio de la señora doña Tisbe, ¿para qué diablos se fueron a caza de gangas, por bosques y vericuetos?

El origen social del serrano, de acuerdo con el decoro retórico, condiciona su registro lingüístico, que es mucho más directo y campechano, además de estar salpicado de expresiones idénticas a las empleadas por Sancho en el *Quijote* espurio. Fijémonos, sin más, en éstas dos:

	¿para qué diablos	se fueron a caza de gangas...? («El bandolero»)
	¿para qué diablos	quiere que vamos a Zamora a desafiar...? (Av)
Pues	¿para qué diablos	—dixo Sancho— las tengo de besar? (Av)
	para qué diablos se fueron	a caza de gangas («El bandolero»)
	sin andarme	a caza de gangas (Av)

Los otros serranos participantes en el debate se emplean en tono muy parecido y con expresiones sorprendentemente iguales a las empleadas por el Sancho avellanesc³³. Selecciono las más llamativas:

con el hurto en las manos
 en haz y en paz de la Santa Madre Iglesia
 hablara yo para mañana
 no me espanto

33.— Transcribo los pasajes más relevantes:

—A lo menos, si yo fuera el galán tisbeño —prosiguió Lorino, otro de los serranos— nunca retozaran con mi cuyo los medios jemes afilados de la descomedida fiera; porque antes escogiera por tálamo el más estrecho pajar de mi albergue, que el más florido valle de la primavera.

—Gentiles majaderos tomó por asunto el que nos dejó historiada su tragedia. Bueno es que intente persuadirnos —prosiguió Ortelio— a que una dama tan melindrosa y de alfeñique, que en viendo un ratón alborotaba el barrio, se fuese a media noche por montes y valles, sin miedo de murciélagos, a dar en que entender a docena y media de colmillos...

—No es cordura absolutamente culpar —replicó Cardenia— la resolución de dos amantes tan entendidos como Pedro Guillén nos los ha pintado, pues si se mira sin pasión, echando menos los padres, cuando amaneciese, a la que con tantos ojos recataban permisiones lícitas, claro está que, sospechosos de Píramo, habían de cogerlos con el hurto en las manos.

Para excusar, pues, una tunda, acudió la tal señora —dijo Lorino—; faltó Tisbe del rescoldo y dio en las brasas; pero cuando les faltase alguna vecina vieja, de las muchas que en las cortes a título de saludadoras alquilan comodidades, ¿qué tenía Píramo más que hacer que sacarla por el vicario y lograr deseos en paz y en haz de la santa Madre Iglesia?

—Despáchese este arbitrio —respondió Darinta— al taller de Vulcano, donde no echan menos el ardor de sus amores los dos desesperados, con el que les abraza, si te parece que, siendo vecinos de Babilonia y no cristianos, podían valerse de medios que agora usan las leyes de la Iglesia.

—¿Que no eran cristianos? —dijo el ganadero—; pues hablara yo para mañana. ¿Quién podía imaginar que tan amigos eran de los moros dos mozos tan ilustres? Ya no me espanto, que siéndolo los que has dicho, echasen por el atajo hacia el paraíso de Mahoma.

La lista no es despreciable, pero lo que más debemos apreciar es que algunas se encuentran dentro de un mismo contexto. Así, al oír en boca de la serrana Darinta que los amantes eran «de Babilonia y no cristianos», uno de los ganaderos exclama:

¿Que no eran cristianos? ... Pues hablara yo para mañana. ¿Quién podía imaginar que tan amigos eran de los moros dos mozos tan ilustres? Ya no me espanto, que siéndolo los que has dicho, echasen por el atajo hacia el paraíso de Mahoma.

Contrátese ahora con este pasaje del *Quijote* espurio en donde Sancho manifiesta no sorprenderse de la ignominiosa conducta del soldado en el cuento de «El rico desesperado»:

¡Juro a Dios y a esta cruz que merecía el muy grandísimo bellaco más palos que tiene pelos mi rucio, y que, si le tuviera aquí, me le comiera a bocados!... En mi ánima, que creo que ha de arder la suya en el infierno más por ese pecado que por cuantas cuchilladas ha dado a luteranos y moriscos. Pero **no me espanto** fuese el muy follón tan mal mirado y tan poco quillotrado, si, como vuesa merced dice, venía de Cambray...

El tono de la crítica es semejante, pero nótese, en especial, el paralelismo en torno a la frase «no me espanto», que se complementa en ambos casos con la creencia de que una mala acción solamente cabe en moros o herejes:

Avellaneda	«El bandolero»
Pero no me espanto fuese el muy follón tan mal mirado y tan poco quillotrado, si, como vuesa merced dice, venía de Cambray...	Ya no me espanto , que siéndolo los que has dicho, echasen por el atajo hacia el paraíso de Mahoma

En otro sitio he señalado las muchas coincidencias entre el lenguaje de Sancho y el de los graciosos en las comedias de Tirso y no querría aquí detenerme en ello, aunque sí subrayar que en el párrafo de arriba existen varias expresiones iguales con el corpus tirsiano, como «juro a Dios», «me le comiera a bocados» (*Condenado por desconfiado*) o el adjetivo *quillotrado*:

Si aquí es el amor quillotro,
quillotrado estoy por ella (*Vergonzoso en palacio*)

Nueva serie de formas verbales con enclíticos

Podría continuar con otros paralelismos, pero me parece quizá más útil complementar lo visto hasta ahora con el recuento numérico de palabras con alguna marca común. De igual manera que hicimos en el cuento de «El rico desesperado», escojo en primer lugar una serie terminada en –óle entresacada de «Los felices amantes» a fin de determinar qué escritor de los incluidos en el corpus de CORDE alcanza mayor número de coincidencias:

	parecióle	respondióle	preguntóle	ofrecióle	consolóle	refirióle	
Tirso	x	x	x	x	x	x	6
Castillo S	x	x	x	x	x	0	5
Cervantes	x	x	x	x	x	0	5
Sandoval	x	x	x	x	x	0	5
Lope	x	x	x	0	0	x	4
Quevedo	x	x	x	x	0	0	4
Cabrera	x	x	x	x	0	0	4
Mateo A	x	x	x	0	0	0	3
Salas B	x	x	x	0	0	0	3
Valladares	x	x	x	0	0	0	3
Zayas	x	x	x	0	0	0	3
Céspedes	x	0	0	x	0	0	2
Suárez F	0	x	0	0	0	0	1
Pícara J	x	0	0	0	0	0	1
Pasamonte	0	0	0	0	0	0	0
15	13	12	11	7	4	2	

Tirso rellena todo el cartón. A Castillo Solórzano, Miguel de Cervantes y Prudencio de Sandoval les falta solamente «refirióle», que, cosa curiosa, aparece una vez en el corpus de Lope. Tirso lo emplea hasta cuatro veces en «El bandolero» y siempre en principio de frase, como en el cuento de Avellaneda:

Refirióle juntamente el milagro y merced que por la devoción... (Ave)

Refirióle sucintamente su viaje, concluyendo con ponerle en las manos... (Ba)

«Consolóle», combinación también rara, se encuentra en *Cigarrales* por dos veces dentro de un contexto muy similar:

Consolóle cuanto pudo, animándole... (Av)

Consolóle lo mejor que pudo y alabó... (Cig)

Consolóle ella lo mejor que supo (Cig)

Otras series con enclíticos no son quizá tan determinantes, pero desde luego todas ellas deparan resultados muy favorables para Tirso y no hacen sino confirmar la notable cercanía de su repertorio verbal en relación con el cuento de «Los felices amantes».

Lope de Vega y el Quijote de Avellaneda

El análisis comparativo llevado a cabo hasta ahora sitúa el Quijote espurio dentro de la órbita del corpus de Tirso. Tanto en el recuento de topónimos, como en el grado de frecuencia de palabras gramaticales más usadas, tanto si contabilizamos series de palabras con algún rasgo común, como si escudriñamos paralelismos más o menos raros, el mercedario obtiene en todos los casos resultados óptimos. ¿Hay algún otro autor que se le acerque? Ciertamente Juan Bautista de la Concepción reúne un catálogo de parale-

lismos nada despreciable y Castillo Solórzano comparte con Avellaneda muchas frases formularias propias de la narración, pero basta un estudio cuantitativo de palabras más frecuentes para comprobar de inmediato la neta distancia que media entre estos dos autores y Avellaneda. ¿Y Lope? No parece el autor principal, pero su participación es, creo, indiscutible. Ya vimos antes que en varias de sus novelas el grado de frecuencia de las palabras gramaticales de más uso —con la salvedad de los artículos— era muy similar a Avellaneda; además, se rastrea a lo largo del falso *Quijote* más de un pasaje con indudables correspondencias con el corpus del Fénix. Algunos pertenecientes al primer capítulo fueron ya analizados; hagamos ahora lo mismo con este pasaje del segundo:

Y, con todo esto, ella se muestra a mis ruegos una leona de África y una tigre de Hircania, respondiéndome a los papeles que le envió, llenos de amor y dulzura, con el mayor desabrimiento y despego que jamás princesa a caballero andante escribió. Yo le escribo más largas arengas que las que Catilina hizo al Senado de Roma, más heroicas poesías que las de Homero o Virgilio, con más ternezas que el Petrarca escribió a su querida Laura, y con más agradables episodios que Lucano ni Ariosto pudieron escribir en su tiempo, ni en el nuestro ha hecho Lope de Vega a su Filis, Celia, Lucinda, ni a las demás que tan divinamente ha celebrado...

Las palabras que se aglutinan en torno a un nombre propio, según hemos comprobado, revelan casi siempre una relación causal entre textos, si no un mismo origen. Don Quijote compara a Dulcinea con «una leona de África y una tigre de Hircania»; Lope en una de sus comedias escribe:

¿No irá tras el cazador
parida tigre de Hircania,
o fiero león de Albania? (*El mayorazgo dudoso*)

La colocación <«tigre de Hircania» / «leon(a) de»> no aparece en otro documento de los incluidos en CORDE, pero no debe descartarse la posibilidad de estar ante una asociación más o menos común. Y lo mismo podría afirmarse, quizá, de este paralelismo:

Avellaneda	Lope
más ternezas que el Petrarca escribió a su querida Laura	más amante de Laura que el Petrarca (<i>La gatomaquia</i>)

Las dudas se despejan, sin embargo, en la siguiente tanda de paralelismos. Don Quijote se jacta de haber escrito «más heroicas poesías que las de Homero o Virgilio... y con más agradables episodios que Lucano ni Ariosto pudieron escribir en su tiempo...». En *La Dragontea*, publicada en 1598, esto es lo que escribía Lope:

... el autor deste libro en mediano sugeto tomó el estilo de Virgilio, lo heroico en su dulzura; y agradó lo épico de Homero en escribir verdad desnuda, el de Lucano en agradables episodios, lo mixto del Ariosto.

La combinación <Lucano / en agradables episodios>, sumado a la serie <el Petrarca / Homero / Virgilio / Ariosto>, sólo puede explicarse si el autor de *La Dragontea* y *La Gatomaquia* resulta ser también el autor de este pasaje que estamos analizando. Difícilmente

es imaginable otro autor — sea Tirso o sea quien sea — capaz de reunir en su cabeza tantas secuencias procedentes de textos diferentes del Fénix y embutirlas todas en un mismo párrafo. La memoria de ningún ser humano funciona así. Y, menos aun, si el mismo fenómeno se repite en otros sitios. Así, en el capítulo tercero leemos:

aunque me pongas delante más tigres que produce la Hircania y más leones que sustenta la África, más sierpes que habitan la Libia y más ejércitos que tuvo César, Anibal o Jerjes...

A la asociación ya vista <tigres de Hircania / leones de>, se une en esta ocasión «sierpes que habitan la Libia», que tiene este equivalente en Lope:

Mira si me mandas más.
Que no hay Citia tan helada,
Etiopía tan adusta,
Libia de sierpes cuajada (*El amigo por fuerza*)

Daré un último caso. En el capítulo ocho del apócrifo don Quijote se dirige a los presentes en estos rimbombantes términos:

Valerosos príncipes y caballeros griegos, cuyo nombre y cuya fama del uno hasta el otro polo, del Ártico al Antártico, del Oriente al Poniente, del Setentrión al Mediodía, del blanco alemán hasta el adusto escita está esparcida...

Es claramente un pastiche hecho a vuelapluma, pero nunca resulta más revelador un idiolecto que cuando alguien escribe lo primero que se le viene a la cabeza. Por de pronto, en *Los pastores de Belén* tenemos esta primera correspondencia:

No pienso yo que ésta sería verdadera estrella... porque como todas las demás tienen su movimiento diurno del Oriente al Occidente, ésta le tenía del Septentrión al Mediodía

Sumemos ahora esta otra, mucho más significativa:

Desde el Poniente al postrer polo austrito
No creo que hay tan bárbaros salvajes (*El hijo de Reduán*)

El recurso retórico de englobar en el elogio a todos los habitantes de la tierra, del uno al otro confín, es muy frecuente en los textos del Fénix. Fijémonos en este otro ejemplo:

... los que la India austral que el nardo cría...
y los que el sol encrespa en largo día
adusto por cenit con negra cara...
los que a la Libia ardiente...
del galo al persa, del caribe al escita
te han de llamar bendita (*El peregrino en su patria*)

Nótese el paralelismo:

Avellaneda	Lope
del blanco alemán hasta el adusto escita	del galo al persa... del caribe al escita

La misma fórmula se repite en otros textos del Fénix y a veces con palabras idénticas:

Desde el indio negro
al **blanco alemán** (*San Diego de Alcalá*)

Será el uno y el otro celebrado
del negro **adusto** a los flamencos rojos
causando ambas noticias igual gusto
desde el rojo flamenco al negro adusto (*Jerusalén conquistada*)

Desde el **blanco** nómada al libio **adusto** (*La Virgen de la Almudena*)

Del español robusto
se ríe el **alemán**, y el rubio franco
del etiope **adusto** (*Arcadia*)

Poco después, en el mismo capítulo, don Quijote describe la famosa acción del caballo de Troya de la siguiente guisa:

seguros saldrán a la medianoche de su **preñado vientre** los caballeros armados
que estarán en él, y pegarán fuego a su salvo a toda la ciudad

Lope, en *La Arcadia*, emplea un sintagma nominal idéntico en referencia a la misma acción:

y los griegos decendiendo de aquel **preñado vientre** del engañoso caballo

Y si bien la expresión «Fuego, fuego!... fuego suena» era un lugar común en la literatura de la época, resulta significativo que tanto Avellaneda como Lope la empleen en el mismo contexto:

Avellaneda	Lope
... levantando los gritos al cielo al compás de las llamas... y... diciendo: «¡ Fuego suena, fuego suena! ¡Que se nos alza Troya con Elena! »	¡Fuego, fuego!, dan voces, fuego suena , Y sólo Paris dice: Abrase a Elena (<i>La Dorotea</i>)

Sancho y los graciosos de Tirso

Ante esta batería de correspondencias la cuestión que debe plantearse no está en determinar si Lope es el autor del falso *Quijote*, sino, más bien, cuál fue su grado de participación en la obra. Mi primera impresión es que el Fénix colaboró con Tirso en la mayoría de los diálogos entre don Quijote y Sancho, repartiéndose, por así decir, los papeles. Conjeturo que Lope se encargó de poner voz a don Quijote en muchos casos, mientras que Tirso debió escribir buena parte de las intervenciones de Sancho y Bárbara, personajes los dos muy en sintonía con el humor y el «idiolecto» del gracioso tirsiano. La huella de Lope está claramente impresa en la conversación de don Quijote con don Alvaro de Tarfe en el Capítulo Segundo, pero sospecho que cuando Sancho se entremete y cuenta quién es en verdad Dulcinea, Tirso —y no Lope— es quien escribe. Veamos el pasaje entero:

Sí, a fe —dijo Sancho Panza— que Aldonza Lorenzo, alias Nogales (como así se llamaba la infanta Dulcinea del Toboso por propio nombre, como consta de las primeras partes desta grave historia), es una grandísima... Téngaselo por dicho; porque, ¡cuerpo de San Ciruelo!, ¡ha de andar mi señor hendo tantas caballerías de día y de noche y hendo cruel penitencia en Sierra Morena, dándose de calabazadas y sin comer por una...? Mas quiero callar; allá se lo haya, con su pan se lo coma; que quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda; que una ánima sola ni canta ni llora; y cuando la perdiz canta, señal es de agua; y a falta de pan, buenas son tortas.

El Sancho de Avellaneda remeda, como es natural, al Sancho original. No es ya solo que abuse del refrán, sino que algunas expresiones son análogas, aunque, curiosamente, dos procedentes del *Quijote* de 1605 («allá se lo haya, con su pan se lo coma») se encuentran también en *El Aquiles*, comedia que Tirso debe escribir hacia 1611 ó 1612. No lo creo casualidad, como tampoco me parece casual el uso de *hendo* por *haciendo*, rasgo típico del dialecto sayagués muy frecuente en los graciosos de Tirso y no tanto en los de Lope. La invocación a San Ciruelo está en otra comedia de Tirso³⁴. Más adelante, Sancho da algún detalle más de la zafia conducta de Aldonza Lorenzo:

Estábase en la caballeriza la muy puerca, porque llovía, hinchendo un serón de basura con una pala, y cuando yo le dije que le traía una carta de mi señor (¡infernál torzón le de Dios por ello!), tomó una gran palada del estiércol que estaba más hondo y más remojado y arrojómele de voleo, sin decir agua va, en estas pecadoras barbas. Yo, como por mis pecados las tengo más espesas que escobilla de barbero, estuve después más de tres días sin poder acabar de agotar la porquería que en ellas me dejó perfetamente...

En la comedia tirsiana *La joya de las montañas* el gracioso Mosquete se enzarza en una pelea con una criada y, entre las varias amenazas, le lanza ésta:

Y aun aquí si más me enfada,
le daré a la muy puerca
más de veinte mil patadas

En *El mayor desengaño* (i, vii) Marción corteja a la criada Laureta. Ésta, muy poco inclinada a sus galanteos, le arroja los desperdicios al grito de «agua va», como hace Aldonza, causando en el gracioso una reacción semejante a la de Sancho:

LAURETA: ¡Agua va!
Arrójale agua y retírase
MARCIÓN: ¡Ay! ¡Ésta es agua? Éste es caldo.
Llena está de zarandajas;
Hüeso es éste, éste estropajo.
¡Oh, ladrona! No os me iréis
al otro mundo a pagarlo.

Bien es cierto que la imprecación «¡infernál torzón le dé Dios por ello!» aparece, con alguna variante, en una comedia de Lope («Oh, mal torzón que te dé!» *La tragedia del rey*

34.- «VENTURA: ... mis serranos son estos. ¡Corbin, Balón, Clora, Tirso! CLORA. ¡Jesús! CORBIN. ¡San Blas! BALÓN. ¡San Ciruelo!» (*La ventura con el nombre*, II, XIX)

*don Sebastián*³⁵). Con todo, me inclino a pensar que la voz de Sancho es responsabilidad casi absoluta de Tirso. Otros casos a lo largo de la obra creo que lo confirman.

Así, en el mismo capítulo segundo don Quijote amenaza a Sancho con molerle las costillas «y haga que se os acuerde *per saecula saeculorum*», a lo que Sancho replica: «amén». Tirso en *Amar por señas* tiene este pasaje:

De tales encantamientos
Vengan a dieces y a cientos
Per omnia saecula amén»

El latinajo puede pertenecer, como otros, al acervo común del teatro, pero resulta sorprendente que el gracioso Montoya, en algunos aspectos tan semejante al Sancho de Avellaneda, haga mención expresa del *Quijote* en otro lugar de la comedia:

¿Sois la infanta
Lindabrides, a lo Febo,
a lo amadisco, Oriana,
Gridonia, a lo Primaleón,
Micomicona, a lo Panza,
o a lo nuevo quijotil,
Dulcinea de la Mancha?

Y que, entre varios motivos procedentes del *Quijote*, como creerse en un castillo encantado, el criado se vea atacado por su amo de forma muy parecida a como don Quijote ataca a Sancho en el capítulo tercero del apócrifo (Cf. *Amar por señas*, iii, i).

El interés de Tirso por el *Quijote* y las *Novelas ejemplares* no es ninguna novedad, pero sí el caudal tan amplio de correspondencias que presenta su corpus con la continuación de 1614. Veamos algunas más. Don Álvaro declina amablemente la invitación que le hace don Quijote para comer, porque, según dice,

no acostumbro comer cosa alguna sobrecena, que me daña y tengo larga experiencia en mí de la verdad del aforismo de Avicena o Galeno, que dice que lo crudo sobre lo indigesto engendra enfermedad (cap. II)

Tirso, en *La fingida Arcadia* (iii, iv), tiene este pasaje:

Vide Averrois juxta textum,
crudum super indigestum,
febrem pestilentem cría.

No debe pasarse por alto que *La fingida Arcadia* tiene como protagonista una dama aquejada del mismo mal que don Quijote, con la salvedad de que su obsesión no son los libros de caballerías, sino ¡la obra de Lope de Vega Carpio!

El consejo médico, como es de suponer, irrita sobremanera al glotón de Sancho, que inmediatamente replica:

Pues, por vida de la que me parió..., que, aunque ese Azucena o Galena que su mercé dice, me dijese más latines que tiene todo el a, b, c, así dejase yo de comer, habiéndolo a mano, como de escupir.

35.– *Obras completas de Lope de Vega*, ed. Jesús Gómez, Paloma Cuenca Muñoz et al., Madrid, Turner, 1993, p. 473.

La expresión «más latines que tiene todo el a, b, c» está replicada en dos comedias de Tirso:

Si habla siempre que la da
más latines que un sermón
 no es el dolor muy roin» (*La santa Juana, Primera parte*, iii, iv)
 ... él sabe **todo el a, b, c**,
 que esta es la tercera letra (*El castigo del penseque*, i, iii)

Reconozco que tales expresiones no son ni mucho menos singulares. Desde luego Lope podría haberlas empleado también, y más cuando en el siguiente párrafo Sancho echa mano de una frase —«el no comer para los castraleones, que se sustentan del aire»— documentada en las *Rimas* (1602) de Lope:

Ya se sustentan del aire los vanos camaleones

¿No será acaso que Tirso y Lope se simultaneaban indistintamente en la redacción? Es muy posible, pero el ejemplo que pongo a continuación, incluido en el capítulo cuarto, no deja dudas en cuanto a quien es su autor. Veamos. Don Quijote convierte en princesa a una de las mozas de la venta, una gallega de no muy buena reputación, ordenando a su criado que le dé nada menos que doscientos ducados. En un aparte, Sancho, indignado, amenaza a la moza gallega en estos términos:

Por las armas del gigante Golías, que si decís a mi amo que no os he dado los doscientos ducados, que os tengo de hacer más tajadas que hay puntos en la albarda de mi asno

El «gigante Golías» es *colocación* común, y está tanto en las comedias de Tirso como en las de Lope, pero cotejemos este pasaje con unos versos procedentes del primer Acto de *La villana de la Sagra*, escrita en Toledo alrededor de 1611³⁶:

Avellaneda	Tirso
os tengo de hacer más tajadas que hay puntos en la albarda de mi asno	Más tajadas he de hacerte, Lacayo, que hay en tus calzas

La fecha de redacción de la comedia descarta cualquier posible influencia del *Quijote* falso sobre Tirso.

Presentaré otra situación cómica paralela, procedente esta vez del capítulo veintiuno. Sancho, impresionado por la habilidad con que el ermitaño ha contado la historia de «Los felices amantes», manifiesta que daría lo que fuese por contarlo igual («Juro non de Dios que diera cuanto tengo en las faltriqueras»), asegurando a continuación que, en caso de tener un hijo, lo enviaría a Salamanca para que aprendiera «teología y poco a poco llegue por sus puntos contados a decorar toda la gramática y medicina del mundo». A partir de ahí se le desata la imaginación y, como si tuviera al hipotético vástago delante, lo empieza

36.— «Redacta probablemente a principios de este verano (1611) *La Villana de la Sagra* en Toledo. Los versos del acto I, esc. 7, que hablan de una buena cosecha de trigo y la de una ofrenda festiva a la Virgen del Sagrario... sólo podrían referirse a ese año».

a increpar por no ser lo bastante diligente en los estudios, hasta llegar a darle de azotes. Sin negar que pudiéramos estar ante un chiste mostrenco, Tirso, en *Todo es dar en una cosa*, tiene un caso parecido entre un matrimonio de villanos que se pelean hasta llegar a las manos por el futuro de un hijo que todavía no ha nacido. La mujer quiere que sea escribano y el marido, cura, porque comen más y mejor. El dialecto sayagués y algunas de las expresiones coinciden con las de Sancho. Véase, sin más, ésta:

Tened más seso,
o yo os **juro a non de Dios**
que os cueste la paridura...
el mochacho ha de ser cura

Al final, como en el caso de Sancho, los presentes tienen que intervenir y separarlos de su necia disputa

Algo más adelante, en el capítulo veintidós, Sancho habla del miedo que le causó la fealdad de la mondonguera Bárbara —transformada en reina Zenobia por don Quijote— y lo hace en un lenguaje escatológico muy común en las comedias de Tirso. Notemos, en especial, el empleo que se hace de la palabra «cera» por excremento:

Avellaneda	Tirso
...señora reina Zenobia, que, aunque le parece a vuesa merced que no espanta, que me espantó denantes cuando la vi con tan mala catadura; que había, de la cera que destilaba la colmena trasera que naturaleza me dio, para hacer bien hechas medía docena de hachas de a cuatro pábilos	serás un santo si bebes purga de bellaquerías sin quedar una no más, porque hice mil seguidillas, más que la cera amarillas, y fui poeta por detrás» (<i>La Santa Juana III</i> parte, ii, iii) «Doleos de quien de miedo está en tortilla; y, si hay algún devoto de lacayos, sáqueme de este aprieto, y yo le juro de colgalle mis calzas a la puerta de su templo, en lavándolas diez veces y limpiando la cera de sus barrios; que, aunque las enceró mi pena fiera, no es buena para ofrendas esta cera (<i>El vergonzoso en palacio</i> , i, vii)

Tres capítulos después, en el veinticinco, Sancho se queja de los muchos cardenales que les han hecho a él y a su amo desde que volvieron a salir en busca de aventuras:

... quedáramos bien medrados desde que andamos en busca de aventuras, pues nos han hecho a los dos más cardenales y más colorados que hay en Roma ni en Sanctiago de Galicia...

Comparémoslo ahora con estos dos pasajes tirsianos. El primero se lee en *Doña Beatriz de Silva* (ii, xviii):

Tu carrillo queda bueno
para rueda de salmón.
Quiere que en esta ocasión
tu amor a Roma te iguales,
que en prueba de esas señales

fuera (porque te autorices)
 tu cara, a estar sin narices,
Roma con sus cardenales.
 Cinco en la cara te ha puesto;
 si fue favor no me espanto,
 mas favor que duele tanto
 más es quinto que no sexto

El segundo se encuentra en *Cigarrales*:

le asentó en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con
más cardenales que tiene Roma

La comparación está también en *La hija de la Celestina* (1614) de Salas Barbadillo³⁷, libro citado por Avellaneda en el Prólogo y uno de sus probables modelos.

En el capítulo siguiente tenemos este paralelismo:

Avellaneda	Tirso
¿Qué plúscuam, señor, es ese que dice? Que yo no entiendo esas algarabías	Yo no entiendo aquesas algarabías (<i>La Dama del Olivar</i> , i, x)

Cervantes en el *Retablo de las maravillas* (1615) emplea una variante de la misma expresión («vos, que sois leído y escrito, podéis **entender esas algarabías** de allende, que yo no»), pero todo hace pensar que se le ha quedado impregnada tras la lectura del texto de Avellaneda. De todos es sabido que Cervantes leyó la continuación con sumo interés y aprovechó incontables motivos para escribir su Segunda Parte, como la carta que Sancho envía a su mujer. En la versión de Avellaneda Sancho, entre otras necesidades, le advierte:

Y no me seáis repostona, que me canso ya de vuestras impertinencias, y tanto será lo de más como lo de menos; y no os haya de decir, como acostumbro, con el palo en la mano: jo, que te estriego, burra de mi suegro»

El empleo de refranes es consustancial al idiolecto pancista, pero nótese que los dos aquí empleados están en Tirso, el primero en el título de una comedia (*Tanto es lo de más como lo de menos*) y el otro en estas dos comedias:

Con un palo y con un arre,
 y un **jo que te estriego**, suelo
 dar con un hombre en el suelo» (*La villana de Vallecas*, i, xiii)
 ... y aunque por Gila me abrazo,
 cada vez que a hablarla llego,
 me dice: «**Jo, que te estriego.**» (*La prudencia en la mujer*, Jornada III)

No deseo extenderme más. En un apéndice van todos los paralelismos notables detectados entre Lope y Tirso para que el lector juzgue por su cuenta, aunque por lo visto hasta

37.- «... aquel día la acompañaron detrás más cardenales que al Pontífice en Roma», ed. Jesús Costa Ferrandis, Instituto de Estudios Ilerdenses, 1985, p. 108.

ahora no parece haber duda en cuanto a la proximidad de los dos dramaturgos respecto al apócrifo. Determinar su grado de participación es harina de otro costal. Adelanto que el análisis de palabras gramaticales más frecuentes aplicado a cada uno de los treinta y seis capítulos del texto de Avellaneda no ha deparado los resultados apetecidos, ya que su grado de frecuencia suele variar considerablemente en muestras de menos de cinco mil palabras. Así y todo, incluyo en apéndice los resultados y una serie de gráficos donde van también las calas hechas en la Primera Parte del *Quijote* cervantino. No se me escapa que a lo largo del texto apócrifo hay una serie de singularidades —vistas ya por Menéndez Pelayo³⁸— que no están ni en Tirso ni en Lope. Las más conspicuas son «tras que», que aparece en nueve ocasiones, y «a la que» con el significado de «cuando», empleo ciertamente coloquial inexistente en el amplio corpus de nuestros dos candidatos, pero sí documentado en Guillén de Castro, por ejemplo³⁹. Y lo mismo podría decirse de frases de relativo como «el en que», «la con que», «del en que»⁴⁰, «con el de que», de uso ciertamente raro. Avellaneda las emplea con tanta asiduidad que se diría que es un rasgo peculiar de su *modus scribendi*, aunque también podría explicarse como una sutil estrategia para camuflar su identidad. Como nos advierte cualquier manual de lingüística forense, toda anomalía presente en un texto es por principio un rasgo significativo, pero exige un muy cuidadoso análisis que nos asegure que no estamos ante un simple intento de enmascaramiento. A mi ver, la abundancia de «tras que» y «a la que» en Avellaneda tiene todos los visos de ser el típico recurso para borrar huellas⁴¹, pero carezco de datos para fundamentar tal conclusión.

Mi conclusión general, en cambio, sí está más fundamentada, y es como sigue: el exhaustivo cotejo con un variado haz de unidades verbales llevado a cabo entre el *Quijote* de Avellaneda y un vasto corpus de textos coetáneos muestra que el apócrifo se sitúa muy próximo a Tirso de Molina y a Lope de Vega, mientras que los otros candidatos analizados en este estudio están ya mucho más alejados, con la excepción quizá de Castillo Solórzano, quien, sin embargo, ofrece en todos sus textos un grado de frecuencia en algunas de las diez palabras más comunes muy distinto al de Avellaneda.

38.— «Una nueva conjetura sobre el autor del *Quijote* de Avellaneda», en *Estudios de crítica literaria*, Cuarta Serie, Madrid, 1907, pp. 91 y 157.

39.— «Un día, al dejar el sol... volviendo a mi casa, que es mis Indias, a la que traspuse un valle...» (*Comedia de Progne y Filomena*, ed. Juliá Martínez, RAE, Madrid, 1925). Y ésta otra, todavía más significativa por estar en su comedia *Don Quijote de la Mancha*: «Llegué a la que amanecía» (ed. Juliá Martínez, RAE, Madrid, 1926). Compárese, sin más, con este caso en Avellaneda: «Llegó a la que estaban en estos dares y tomars...»

40.— Nótese este paralelismo con un texto de Castillo Solórzano: «se entró en otro aposento más adentro del en que la partera estaba» (*Av*) / «y así se encerraba en un aposento más adentro del en que dormía» (*Tardes entretenidas*)

41.— La descripción que un experto en lingüística forense hace de cómo se enmascaró un texto en inglés para que pareciera escrito en dialecto criollo puede que nos ayude para entender el proceso de enmascaramiento llevado a cabo en el apócrifo: «The extraordinary occurrence of various dialect markers that are only deletions may well be the result of a dialect imitator who stereotypically views Creole-English as just standard English-with-things-missing. The imitator applies that understanding to a process of imitation by first writing something in standard English, then changing that writing to what he or she thinks is a nonstandard variety by going through it and simply removing elements», Gerald R. McMnamin, *Forensic Linguistics*, CRC, 2002, p. 135.

Apéndice I

1. *Expresiones procedentes del Prólogo del Quijote de Avellaneda*

es comedia	No le parecerán	diferenciamos	le enfadan
la historia de	con la autoridad que	los teatros de España	tan falto de amigos
no puede ni debe	confiesa de sí	pide el mundo	conténtese con
sin prólogo	viejo en años	hacer ostentación de	no pudo dejar de
sale al principio	en bríos	Sólo digo que	plegue a Dios
segunda parte de	quéjese de	nadie se espante	tristeza del bien
de sus hazañas	por la ganancia	pues no es nuevo	no pudo dejar de
sus letores	que le quito	los amores de Angélica	dilatado campo
Miguel de Cervantes	dejar de confesar	castillo de San Cervantes	enseña a ser
en sus novelas	en los medios	todo y todos	por las plazas

2. *Correspondencias con autores y obras del siglo XVII incluidos en CORDE y Google Books*

	Tirso	Lope	Otros
es comedia	x	x	Quevedo, Céspedes
la historia de	x	x	Concepción
no puede ni debe			<i>Quijote</i> 1605
sin prólogo			Quevedo
sale al principio			
segunda parte de	x	x	
de sus hazañas	x	x	Castillo S, Concepción, <i>Quijote</i> , Cabrera de C
sus letores	x		
Miguel de Cervantes	x	x	
en sus novelas	x		
No le parecerán		x	
con la autoridad que	x	x	Sandoval, Castillo Solórzano
confiesa de sí			Cabrera de Córdoba
viejo en años			
en bríos		x	
quéjese de	x	x	Mateo Alemán, Quevedo
por la ganancia	x		Cervantes
que le quito		x	
dejar de confesar			Concepción
en los medios	x	x	
diferenciamos	x		
los teatros de España	x		
pide el mundo			Concepción
hacer ostentación de	x		Concepción, Cabrera de Córdoba, <i>Pícara J</i>

Sólo digo que	x		Concepción, <i>Pícara Justina</i>
nadie se espante		x	<i>Pícara Justina</i> , Concepción
pues no es nuevo			Concepción
los amores de Angélica			Antonio de Eslava
castillo de San Cervantes	x		
todo y todos		x	
le enfadan		x	
tan falto de amigos			Castillo Solórzano
Conténtese con	x		
no pudo dejar de	x	x	<i>Quijote</i> 1605, Castillo Solórzano
plegue a Dios	x	x	
tristeza del bien			
dilatado campo			
enseña a ser		x	<i>Persiles</i> 1617
por las plazas		x	Cabrera de C, <i>Quevedo</i> , Concepción, Cervante
40	19	18	

		%
Tirso	19/40	47
Lope	18/40	45
Cervantes	5/40	1
Castillo S	4/40	1

Apéndice II

1. Expresiones procedentes del primer capítulo del *Quijote* de Avellaneda

dice que siendo	Cómo va	en hábito de mujer
de cuya nación	Qué libro es ese (este)	dentro de mi corazón
escrita en arábigo	Oh, hideputa	el respeto que debo a
insigne ciudad de Zaragoza	A fe que tiene razón	más hermosa criatura
metido(a) en un aposento	hazme placer de	blanca como el sol
pesada cadena	tengo de procurar	los dientes de marfil
con mucha instancia	pasearse por	si bien es verdad que
fray Luis de Granada	a la fantasía	chapín valenciano
para que no volviese	Llegáronse todos	en zapatillas
libros de caballerías	la debida cortesía	piedra preciosa que
las quimeras	le rindió las gracias	las partes más pequeñas
su encerramiento	se nos muestra	milagro de naturaleza
dentro de seis meses	dormir sobre (en) los poyos	maravilloso artificio

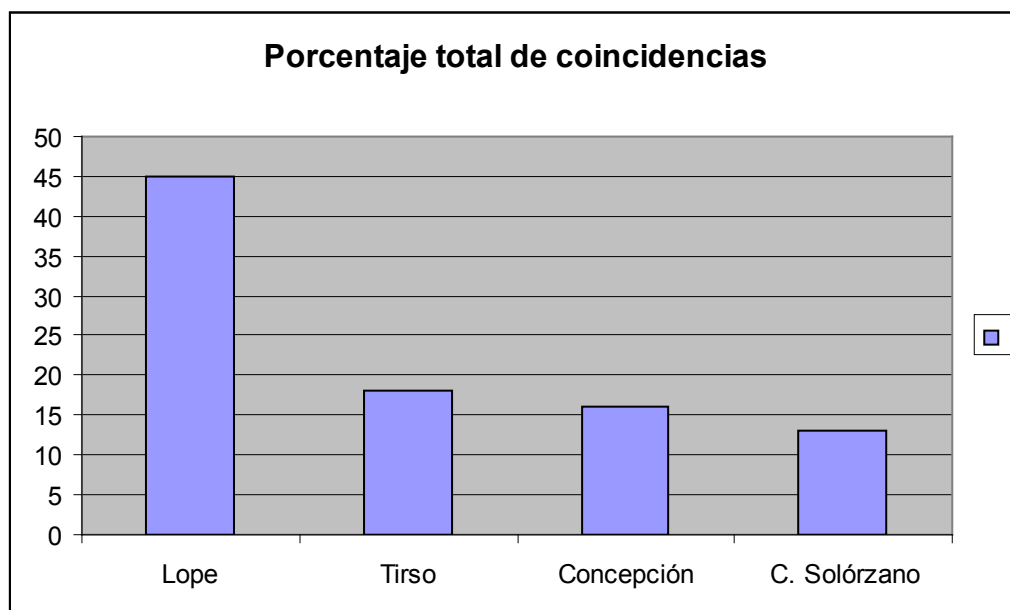
poder entretener	No se les dé nada	como dice Cicerón
suelto de la prisión	por atajarle	no consiste en otra cosa
con su rosario en las manos	mandó juntamente	entre sí mismas
una calentura	vino al punto	como con persona que
servicio de su persona	entre otras razones	pequeñez del cuerpo
calor excesivo	del antiguo linaje	un negocio de importancia
hallándole en	Zegrías, Gomeles	en todas materias

2. Correspondencias con autores del siglo XVII incluidos en CORDE y Google Books

	Tirso	Lope	Otros
dice que siendo			Antonio de Eslava
de cuya nación			Sandoval, Vallés
escrita en arábigo			Mármol Carvajal
insigne ciudad de Zaragoza			Castillo Solórzano
metido(a) en un aposento		x	
pesada cadena			Valdivieso
con mucha instancia			Valladares, Salas Barbadillo
fray Luis de Granada		x	
para que no volviese			Quevedo
libros de caballerías	x	x	Castillo Solórzano, Sandoval
las quimeras	x	x	
su encerramiento			Cervantes 1613
dentro de seis meses		x	Cabrera de C, Sandoval, Castillo Solórzano
poder entretener			Alemán
suelto de la prisión			Sandoval, Cabrera de Córdoba, Alemán
con su rosario en las manos			Concepción
una calentura		x	
servicio de su persona			Salas Barbadillo, Castillo Solórzano
calor excesivo		x	
hallándole en	x		Castillo Solórzano, Céspedes, Cabrera de C
Cómo va	x	x	Cervantes, Sandoval
Qué libro es ese (este)	x		
Oh, hideputa	x	x	Mateo Alemán, Sandoval, Cervantes
A fe que tiene razón		x	
hazme placer de		x	
tengo de procurar			Concepción
pasearse por			Concepción
a la fantasía		x	
Llegáronse todos			Buscón
la debida cortesía		x	
le rindió las gracias			Castillo Solórzano
se nos muestra			Concepción
dormir sobre (en) los poyos			Valladares
No se les dé nada			Concepción

por atajarle		x	
mandó juntamente			Quevedo
vino al punto			Castillo Solórzano
entre otras razones	x		Concepción
del antiguo linaje			Cervantes (Persiles)
Zegrías, Gomeles		x	
en hábito de mujer	x	x	
dentro de mi corazón		x	
el respeto que debo a	x		Guillén de Castro
más hermosa criatura			Quijote 1605
blanca como el sol		x	
los dientes de marfil		x	
si bien es verdad que		x	Castillo Solórzano, Sandoval
chapín valenciano			Pícara
en zapatillas		x	
pedra preciosa que			Concepción
las partes más pequeñas			Concepción
milagro de naturaleza		x	
maravilloso artificio		x	
como dice Cicerón		x	
no consiste en otra cosa			Concepción
entre sí mismas	x	x	Salas Barbadillo
como con persona que			Concepción
pequeñez del cuerpo			Castillo Solórzano
un negocio de importancia		x	Gómez de Tejada
en todas materias	x	x	
59	11	27	

		%
Lope	27/59	45
Tirso	11/59	18
Concepción	10/59	16
C. Solórzano	8/59	13



Apéndice III

1. Expresiones procedentes de "El rico desesperado"

con mucho gusto	con mucha cortesía	como sabéis
muy a su gusto	con la cortedad	si gustare
contra el gusto	con la seguridad	que no debiera
en orden a	con el contento	plegue a Dios
contra el orden de	desde el punto	a fe de quien soy
con orden de	sin cuidado de	por mi vida
a lo menos	por espacio de	Verdad es que
poco más 'o menos	demás desto	a estas horas
por lo menos	por cierto	al cabo dellas
con cargo de	a manos de	a la mañana
con deseo de	en resolución	en todo el día
con intento de	en suma	con notable alegría
con determinación de	en efeto	con notable suspensión
con esperanzas de	en fin	a buena cuenta
con muestras de	o por mejor decir	en el tiempo que
con tantas veras	como es razón	de suerte que
con demostraciones	seguros de que	tan buena maña
con todo eso	en correspondencia de	a vista de
con mucho amor	como dicen	

2. Autores consultados con mayor número de coincidencias

Lope de Vega: *El peregrino en su patria* (1); *Pastores de Belén* (2); “Guzmán el Bravo” (3); “La prudente venganza” (4); *La Dorotea* (5); *La Arcadia* (6); “La desdicha por la honra” (7); “Las fortunas de Diana” (8)

Miguel de Cervantes: “Las dos doncellas” (1); “La ilustre fregona” (2); “El celoso extremeño” (3); “El licenciado Vidriera” (4); “El amante liberal” (5); “El coloquio de los perros” (6); “El casamiento engañoso” (7); “La señora Cornelia” (8); “La gitanilla” (9); *La Galatea* (10); *Entremeses* (11); *Persiles y Segismunda* (12); “La española inglesa” (13); “Rinconete y Cortadillo” (14); “La fuerza de la sangre” (15); *Quijote* (16)

Tirso de Molina: *Cigarrales de Toledo* (1); “El bandolero” (2)

Castillo Solórzano: *Lisardo enamorado* (1); *Tardes entretenidas* (2); *Jornadas alegres* (3); *Aventuras del bachiller Trapaza* (4); *Las harpías en Madrid* (5); *La garduña de Sevilla* (6)

Prudencio de Sandoval: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*

Cabrera de Córdoba: *Historia de Felipe II, rey de España* (1), *Relación de las cosas sucedidas en España desde 1599 hasta 1614* (2)

3. Correspondencias

	Lope	Tirso	Cervantes	Castillo S	Sandoval	C de C
con mucho gusto	2, 3, 4, 7	1	2, 6, 9	1, 2, 3, 4	1	1, 2
muy a su gusto			9, 16	4, 5	1	
contra el gusto	*1	*		2, 4		
en orden a	1	1, 2	12	1, 4, 6	1	1
contra el orden de		1, 2			1	1
con orden de	8	2	2, 12, 16		1	1
a lo menos	1, 2, 3, 4, 5, 6	1, 2	1, 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 16	1, 4, 6	1	1
poco más ‘o menos	1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8	2	1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 16		1	1
por lo menos	1, 2, 3, 4, 5, 8	1, 2	2, 3, 5, 8, 9, 10, 12, 13, 14, 16	1, 2, 4, 6	1	1, 2
con cargo de		1		2	1	1, 2
con deseo de	1, 2, 3, 4, 6		2, 10, 12, 13, 16	2, 6	1	1, 2
con intento de		2		1, 4, 6	1	1, 2
con determinación de				1, 3, 4	1	1
con esperanzas de	4	1	13	2, 6	1	
con muestras de	3	1	1, 2, 5, 6, 10, 12, 13, 14, 16	1, 2, 3, 4	1	1, 2

1.- El asterisco (*) indica que la expresión se halla en el corpus del autor en cuestión, pero no en las obras aquí cotejadas.

con tantas veras	5	1	1, 6, 10, 12, 16	1, 3, 6	1	1, 2
con demostraciones		1	6, 16	2, 3		1, 2
con mucho amor	*		1,3,10, 16	2, 3	1	1
con mucha cortesía		*		1, 2, 6	1	1, 2
con la cortedad		1				
con la seguridad	8, 5, 6	1, 2	12, 16		1	1, 2
con el contento	1	1, 2	5, 10	3, 4		1
desde el punto	6	1	1, 6, 12, 13, 16	3, 6		
sin cuidado de	4		10, 16	1	1	1
por espacio de	1, 2, 8, 9		5, 16	1, 2, 3	1	1, 2
demás desto		1		4, 6	1	1
por cierto	1, 2, 4, 5, 6	1, 2.	1, 2, 5, 6, 8, 9, 10, 12, 15,14, 16	1, 2, 3, 6	1	1, 2
a manos de	1	2...	5, 10, 13, 16	4	1	1
en resolución		1, 2				1
en suma	1, 2, 6	2	10, 12, 16		1	1
en efeto	1, 2, 5, 6	1, 2	1, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 16	5	1	1
en fin	1,2,3,7,8, 5,6	1, 2	1, 2, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 12, 13, 15, 16	1, 2, 3, 6	1	1, 2
o por mejor decir	*	1	1, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 12, 13, 16	5	1	1
como es razón		*			1	1, 2
como dicen	2, 3, 4, 5, 6	1	2, 4, 6, 9, 10, 12, 15, 16	2, 3, 4, 6	1	1, 2
como sabéis	1	1		3	1	1
si gustare						
que no debiera	10	1	12	1, 2, 3	1	
plegue a Dios	*	*	12		1	
a fe de quien soy	*	*	falta			
cuando mucho		2				
por mi vida	1, 5, 6	*	16, Baños	3, 4	1	1, 2
Verdad es que	1, 2, 8, 5	2	2, 3, 6, 9, 10, 12, 16	4	1	
a estas horas	1, 5, 6	1	1, 8, 16	6		
al cabo dellas		*	falta	4	1	1
a la mañana		1	falta	1, 4, 6	1	
en todo el día		*	falta	3		
con notable alegría			falta			

con notable suspensión			falta	5	1	
a buena cuenta	6	*	14, 16		1	1, 2
en el tiempo que	1, 6	1	1, 3, 13, 5, 9, 10, 12, 16	2, 4, 6	1	1, 2
de suerte que	1, 2, 3, 4, 7, 8 5, 6	1, 2...	1, 2, 3, 4, 13, 5, 6, 7, 10, 12, 16	1, 2, 3, 4, 6	1	1, 2
con todo eso	1, 3, 8, 5	1, 2	12, 16		1	1
seguros de que		1	16			1
en correspondencia de		1				1
a vista de	1, 2	1, 2	5, 6, 16	1, 4, 6		1
tan buena maña		1	14, 16			
57	36	48	38	39	41	40
%	63%	84%	66%	68%	71%	70%

